LA

ADELI

2

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LE
BIBLIOTE
ALICAN
Russell P. Sebold
DONACIÓN
DRPS
FA
1355
UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitària
0500757221

LA

ADELI

2

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA 1355 v.2
0560752221

ADELINA.

Imprenta de L. Sancha, calle de la Concepcion Gerónima, n.° 31.

Imprenta de I. Sancha; calle de la Concepcion Gerónima, n.º 31.

Ella esclamó: ¡Le han muerto!

Tom.2º Pag.182

ADELINA,

Ó

LA ABADIA EN LA SELVA.

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA EN INGLÉS

POR

Mis Ana de Radcliff,

Autora de *Julia ó los Subterráneos del Castillo de Mazini* y de otras muchas obras.

LA PUBLICA EN ESPAÑOL

D. Santiago de Alvarado y de la Peña,

Escribano de S. M. y del Ilustre Colegio de Madrid, Traductor y Reformador de la Enciclopedia de la Juventud: *Autor de los* Elementos de la Historia general de España desde el Diluvio al año de 1826. *Editor de otras varias obras de jurisprudencia y literarias.*

TOMO II.

MADRID:
Se hallará en la librería de RAZOLA, calle de la Concepcion Gerónima, n.º 3.

1830.

Guillermo Luis Barreto.

ADELINA,

ó

LA ABADIA EN LA SELVA.

CAPITULO PRIMERO.

«Yo hago mi principal residencia en una provincia distante; pero tambien tengo un palacio en los confines de la Selva. Volviendo de dar un paseo, me ha sorprendido la noche y he perdido el camino. Una luz que se descubria por medio de los árboles me ha traido hasta aquí, y es tan grande la obscuridad que no he advertido que su claridad procedia de la Abadía, hasta que he llegado á la puerta de ella.»

La noble conducta de los forasteros, sus ricos vestidos, y sobre todo este discurso, acabaron de disipar las dudas de Madama La-Motte. Iba á dispone r les saca-

sen un ligero refresco, cuando La-Motte que habia estado escuchando, convencido de que no tenia por qué temer entró en la habitacion.

Se acerca al Marqués con un semblante agasajador; pero cuando trató de hablar apenas sus lábios podian principiar un ligero saludo: todo su cuerpo temblaba, y su rostro se cubrió de una palidez mortal. El Marqués no estaba menos conmovido: en el primer momento de su sorpresa puso mano á la espada; pero volviendo sobre sí, la apartó y trató de ocultar su agitacion. En este estado hubo un momento de silencio, á la verdad terrible: La-Motte dió algunos pasos hácia la puerta; pero sus rodillas trémulas se negaron á sostenerle, y cayó sobre un sillon casi sin conocimiento: sus vagas miradas y todos sus ademanes causaron la mayor sorpresa á Madama La-Motte. Sus ojos trataban de buscar en los del Marqués mas de lo que éste queria dejar descubrir, y sus miradas hacian mas confuso el misterio en vez de esplicarle, espresando una mezcla de sensaciones que Madama La-Motte no podia definir. Sin embargo, trató de tranquilizar y reanimar á su marido; pero todos sus esfuerzos fueron

en vano, pues apartando el rostro le cubrió con ambas manos.

El Marqués parecia que recobraba su presencia de espíritu, y se dirigió á la puerta de la sala donde estaba su comitiva reunida. Entonces La-Motte, levantándose de su silla con un semblante en que se veia retratado el terror le rogó que se detuviese. Vuelve el marqués la cabeza y se detiene; pero con la incertidumbre de si se acercaria: aquel suplica de nuevo, y Adelina, que acababa de entrar, junta la suya á la de La-Motte, lo que al fin determinó al Marqués, y se sienta. "Os pido, dijo La-Motte, me concedais algunos momentos de una conversacion en particular."

—"La peticion es seguramente bien atrevida, y quizá hay mucho peligro en concedérosla, dijo el Marqués: eso es exigir demasiado de mí: nada podeis tener que decirme de que vuestra familia no se halle informada..... y así esplicaos en pocas palabras....."

La-Motte mudaba de color á cada frase del Marqués. —"Es imposible, señor, esclamó · mis lábios se cerrarán para siempre antes que pronuncien delante de otra persona las palabras que solo á vos estan re-

servadas: os suplíco..... Os suplíco que me concedais os hable por algunos momentos en particular." Al pronunciar estas palabras sus ojos se llenaban de lágrimas, y el Marqués, conmovido de sus angustias, consintió en lo que pedia, aunque con una manifiesta repugnancia.

La-Motte tomó una luz y condujo al Marqués á una pequeña habitacion situada á bastante distancia de donde se hallaban, y ambos permanecieron en ella cerca de una hora. Aterrada Madama por lo largo de su ausencia va á buscarlos, y acercándose á la habitacion, una curiosidad, escusable en semejante circunstancia, la obligó á escuchar, á tiempo que oyó á La-Motte que esclamaba. – "¡El estravío de la desesperacion!....." Á estas palabras siguieron otras en voz baja que no pudo distinguir. — "He padecido mas de lo que os podeis figurar, continuó: esta imágen me persigue sin cesar por la noche en mis sueños y por el dia en todos mis paseos: no hay tormentos, no hay males que no quisiese haber sufrido para haber vuelto á recuperar la tranquilidad de que gozaba antes de llegar á esta Selva. Yo imploro de nuevo vuestra piedad."

Un recio golpe de viento que soplaba

en la galería donde estaba Madama La-Motte, se llevó la voz de su esposo y la respuesta del Marqués; pero á muy poco oyó estas palabras. — "Mañana, señor, si volveis á estas ruinas os conduciré al sitio."

— "No es necesario, y quizá podrá ser peligroso, dijo el Marqués."

— "Debo señor escusar estos temores de vuestra parte; pero me obligo á todo lo que me propongais: sí, cualesquiera que sean las consecuencias me someto á todo lo que decidais."

La renovacion de la tempestad volvió á llevarse la voz, y Madama La-Motte se esforzó en vano en oir las palabras de que probablemente dependia la esplicacion de esta conducta misteriosa. Entonces se acercaron á la puerta, y ella se retiró precipitadamente al cuarto donde habia dejado á Adelina con Luis y con el jóven caballero.

El Marqués y La-Motte la siguieron muy pronto: el primero venia con el semblante orgulloso, y el segundo con alguna mas tranquilidad que antes; pero sin embargo con las señales de una impresion de horror marcada en su semblante. El Marqués pasó á la sala donde le aguardaba su séquito: la tempestad aun no habia cesado;

pero él se mostraba impaciente por marchar, y mandó á sus criados se preparasen á ello. La-Motte guardaba un triste silencio. Muchas veces atravesaba el cuarto á largos pasos, y algunas quedaba sumergido en la mayor meditacion. Durante este tiempo el Marqués sentado cerca de Adelina dirigia hácia ella todos sus cuidados, escepto cuando los accesos de distraccion se apoderaban de su alma y le hacian guardar silencio. El jóven caballero se aprovechaba de estos intervalos para dirigir la palabra á Adelina con desconfianza, y no sin alguna agitacion; pero ella se robaba á las atenciones de ambos. El Marqués habia pasado cerca de dos horas en la Abadía, y la tempestad continuaba siempre. Madama La-Motte le rogó aceptase una cama. Una mirada de su marido la hizo estremecer por las consecuencias que semejante proposicion podia tener: sin embargo, el Marqués no la aceptó con mucha política, y antes bien manifestaba tanto deseo de partir, cuanto su huesped parecia consternado con su presencia. Se paseaba por la sala, llegaba á la puerta, levantaba la vista al cielo dando muestras de la mayor impaciencia. Nada se veia en la obscuridad de la noche, nada

se escuchaba mas que el estruendo de la tempestad. Antes de su partida vino el alba, y preparándose á dejar la Abadía, La-Motte le volvió á hablar á solas. Madama La-Motte observaba lo animado de sus facciones desde una parte retirada del cuarto, y ellas añadieron á su curiosidad un grado terrible de temor. Seguramente era esto para ella un enigma inconcebible. Ambos hablaban en voz tan baja que sus esfuerzos eran inútiles para distinguir ciertas palabras que oia de lo demas del diálogo.

Al fin, el Marqués y su comitiva partieron. Habiendo cerrado La-Motte por sí mismo las puertas, se retiró á su cuarto en silencio y con los ojos bajos. Luego que su esposa se halló sola con él le suplicó la esplicase la escena que acababa de pasar. — "No me hagas preguntas dijo La-Motte, porque no responderé á ninguna. Ya te he prohibido que me hables de esto."

— ¿De qué, dijo su muger?

— La-Motte pareció volver sobre sí. "¡Ah! sí; me he engañado! Creia que ya me habias hecho alguna pregunta varias veces sobre esto."

— "He aquí realizadas mis sospechas: tu antigua melancolía y el desórd en de es-

ta noche proceden de la misma causa."

— "Y porque sospechas ¿me veré yo siempre perseguido de tus congeturas?"

— "Escúchame: yo no he tratado de perseguirte; pero mi cuidado por tu conservacion no me permite permanecer en esta horrorosa perplegidad: permite que me dé los derechos de una esposa, y que participe de la afliccion que te oprime: no te niegues á ello....."

La-Motte la interrumpe. — "Cualquiera que sea la causa de las sensaciones de que has sido testigo, dijo: juro que no las revelaré ahora: quizá vendrá algun tiempo en que no será necesario guardar el secreto; pero hasta entonces calla y deja de importunarme: guárdate sobre todo de hacer notar á nadie lo que has podido ver en mí de estraordinario: sepulta tus sospechas en tu seno si quieres alejar de tí mi maldicion y mi ruina." El tono de resolucion con que pronunció estas palabras, y el rostro cubierto de palidez, hicieron temblar á su muger, y no se atrevió á replicarle.

Madama La-Motte se retiró para acostarse; pero no pudo cerrar los ojos: pensaba y meditaba sobre la última aventura:

sus reflexiones fueron un aguijon mas á su sorpresa y curiosidad con relacion al discurso y á las acciones de su marido: sin embargo una verdad la asombraba, y era que no podia dudar de que la conducta misteriosa de La-Motte, tanto tiempo hacía oprimido de inquietudes, y su última escena con el Marqués procedian de la misma causa. Esta opinion, que parecia probar cuan injustas eran sus sospechas respecto de Adelina, fué acompañada del misterio y de los remordimientos: y suspiraba con impaciencia por la mañana que debia volver á traer al Marqués á la Abadía: al fin la naturaleza fatigada recobró sus derechos y alivió sus penas por algunos momentos de olvido.

Al dia siguiente la familia se reunió muy tarde al desayuno. Todos aparecieron taciturnos y distraidos; pero sus rostros ofrecian sentimientos bien diversos: La-Motte parecia agitado de un terror impaciente: en sus ojos no sé qué estravío espresaba el espanto repentino de que se hallaba poseido; y su rostro se cubria de los sombríos colores de una horrible desesperacion.

Madama La-Motte parecia hallarse oprimida; observaba las frecuentes alteraciones del rostro de su marido, y esperaba con

ansia la llegada del Marqués: Luis estaba tranquilo y pensativo; Adelina no manifestaba padecer menos: habia notado en la noche precedente la conducta de La-Motte con mucha sorpresa. La confianza que hasta entonces le habia inspirado principiaba á desvanecerse: y temia tambien que algunas nuevas circunstancias volviesen á arrojarla al mundo, y que se le hiciese imposible ó desagradable el tenerla por mas tiempo consigo.

Durante el desayuno La-Motte se asomó varias veces á la ventana lanzando miradas inquietas. Su esposa comprendió demasiado bien los motivos de su impaciencia, y se esforzó á ocultar la suya. En estos intervalos, Luis, hablando bajo á su padre, trataba de sacar algunas luces; pero La-Motte volvia siempre cerca de la mesa donde la presencia de Adelina impedia toda pregunta.

Despues del desayuno paseándose La-Motte en la esplanada quiso Luis reunirse á él; pero su padre le declaró positivamente que deseaba estar solo; y bien pronto, viendo que aun no llegaba el Marqués, se alejó á mayor distancia de la Abadía.

Adelina se retiró al cuarto de la costura con Madama La-Motte, que afectaba un semblante tranquilo y aun misterioso. Conociendo la necesidad en que se hallaba de dar alguna razon de la estraña conducta de La-Motte, y de prevenir la sorpresa que la inesperada aparicion del Marqués debia causar á Adelina si la dejaba recordar la conducta que habia observado la noche antecedente; Madama La-Motte pues la dijo que el Marqués y su marido se habian conocido mucho en otro tiempo, y que este imprevisto encuentro despues de una larga separacion, en circunstancias tan diversas y humillantes de parte de este último, le habia causado una conmocion tanto mas penosa, cuanto se acordaba que el Marqués habia interpretado mal algunas partes de su conducta observada con él, lo que habia interrumpido su antigua intimidad.

Estas razones no convencieron á Adelina, porque la parecian demasiado desproporcionadas con el grado de emocion que el Marqués y La-Motte habian manifestado recíprocamente: su sorpresa y su curiosidad por el contrario se despertaron con un discurso cuya intencion era tranquilizarla y engañarla.

Madama La-Motte siguiendo su plan

dijo que actualmente se estaba esperando al Marqués, y que se lisonjeaba de que los motivos de division que habian podido subsistir se finalizarian por medio de una reconciliacion. Adelina se avergonzó; quiso responder, pero sus lábios no podian pronunciar las palabras. Esta agitacion y las miradas de Madama La-Motte aumentaron su turbacion; y sus esfuerzos para ocultarla, solo sirvieron para hacerla mas patente. Trataba siempre de renovar la conversacion y siempre la era imposible reunir sus ideas, temiendo que Madama La-Motte descubriese el sentimiento que hasta entonces habia ocultado casi á sí misma. Su rostro pálido y su vista se fijaba en la tierra, y durante algun tiempo la fue dificil casi hasta respirar. Madama La-Motte la preguntó si se hallaba indispuesta, y Adelina se aprovechó de este pretesto para retirarse, entregándose á reflexiones mucho mas profundas, con la esperanza de volver á ver al jóven caballero que habia acompañado al Marqués.

Mirando por la ventana vió de lejos al Marqués á caballo que se acercaba seguido de muchas personas, y se apresuró á avisar á Madama La-Motte de ello.

Muy pronto llegó á la puerta de la Abadía y no habiendo llegado aun La-Motte, su esposa y Luis fueron á recibirle. Entró el Marqués en la sala en compañía del jóven caballero, y acercándose á Madama La-Motte con una especie de política magestuosa, la preguntó por su marido. Luis salió á buscarle.

El Marqués guardó silencio por algunos minutos y despues preguntó á Madama La-Motte como se hallaba su amable hija. Madama comprendió que queria hablar de Adelina, y respondió á su pregunta diciendo que no era parienta suya. El Marqués manifestó algun deseo de verla, y por lo tanto se la envió á buscar, Adelina volvió á entrar en el cuarto con una modesta vergüenza y un semblante tímido que parecieron atraer toda la atencion. Recibió los cumplimientos que se la hicieron con suma gracia; pero cuando se acercó el jóven caballero, la atencion y urbanidad que manifestaba en sus modales hizo involuntariamente los suyos mas reservados. Apenas se atrevió á levantar los ojos temiendo encontrarse con los del jóven. La-Motte entró en este momento y se escusó de su ausencia. El Marqués

solo le respondió con una ligera inclinacion de cabeza y por unas miradas en que se pintaban á un mismo tiempo el orgullo y la desconfianza. Ambos salieron de la Abadía, y el Marqués hizo seña á sus criados para que le siguiesen á cierta distancia. La-Motte prohibió á su hijo que le acompañase, pero Luis notó que se dirigian á lo mas espeso del bosque, y entonces se perdió en un caos de conjeturas sobre este asunto; pero su curiosidad y sus inquietudes por su padre le obligaron á seguirle á lo léjos.

Entretanto el jóven forastero á quien el Marqués nombró Teodoro, quedó en la Abadía con Madama La-Motte y Adelina. La primera, á pesar de toda su astucia, no pudo ocultar su agitacion durante este intervalo..... Involuntariamente se volvia hácia el lado de la puerta tan pronto como oia pasos: muchas veces vino á la sala para mirar á la Selva, y otras tantas volvió á sentarse engañada en sus esperanzas: pues nadie parecia; Teodoro dirigia todas sus atenciones á Adelina tanto cuanto la política le permitia separarse de Madama La-Motte. Sus facciones tan amables y al mismo tiempo

tan nobles insensiblemente triunfaron de la timidez de Adelina, y desterraron la reserva que hasta entonces habia observado. Su conversacion desechó esta penosa violencia y descubrió por grados las cualidades de su alma, de tal modo que pareció producir una confianza mútua. Muy luego se manifestó una conformidad de sentimientos, y Teodoro por la impaciente alegría que animaba su semblante, muchas veces parecia prevenir los pensamientos de Adelina.

La ausencia del Marqués fue muy corta para ellos, pero demasiado larga para Madama La-Motte, cuyas facciones se tranquilizaron luego que oyó el ruido de los caballos en la puerta.

El Marqués entró; pero solo por un momento, y pasó con La-Motte á su cuarto retirado donde tuvieron una larga conferencia, despues de lo cual partió. La-Motte, su esposa y Adelina le acompañaron hasta la puerta. Teodoro se despidió de esta última con la espresion mas tierna de sentimiento, y al alejarse volvia muchas veces la vista hácia la Abadía hasta que se la robaron enteramente los árboles.

El rayo pasagero del placer derramado sobre las megillas de Adelina desapareció con el jóven forastero, y al entrar en la sala no pudo menos de suspirar. La imágen de Teodoro la persiguió en su cuarto al recordar exactamente todos los pormenores de sus últimos discursos..... sus sentimientos tan conformes á los suyos; sus facciones tan espresivas; su figura tan animada..... tan franca, tan noble, en qué la dignidad varonil se mezclaba á la dulzura y la benevolencia; se recordaba de estos encantos y de otros muchos, y una dulce melancolía se derramaba en su corazon..... "¡No le volveré á ver mas, dijo!" Un suspiro que siguió á esta espresion la descubrió el secreto de su corazon mas de lo que ella queria saberlo: se sonrojó, suspiró de nuevo, y volviendo de repente sobre sí misma se esforzó á inclinar sus pensamientos sobre otro objeto. La union del Marqués con La-Motte atrajo por algun tiempo su atencion; pero en la imposibilidad en que se encontraba de penetrar el misterio, buscó un asilo contra sus propias reflexiones en las ideas mas agradables que tal vez podian inspirarla sus libros.

Durante este tiempo Luis asustado y sorprendido de la estrema consternacion que habia manifestado su padre á la primera vista del Marqués, creyó deber hablarle de ella. No dudaba que el Marqués tuviese una gran parte en el suceso que habia obligado á La-Motte á dejar á París, y se esplicó sin rodeos, deplorando al mismo tiempo la triste fatalidad que le habia conducido á buscar un asilo en el lugar menos á propósito para servirle de tal..... esto es, en la tierra de su enemigo. La-Motte no combatió esta opinion de su hijo; antes al contrario aparentó reunirse á él para quejarse de su mala fortuna.

La licencia de Luis se hallaba ya entonces para espirar, y él tomó ocasion de esto para espresar su sentimiento de verse muy en breve obligado á abandonar á sus padres en tan peligrosa situacion. -- "Yo os dejaria con menos pesar continuó, si estuviese seguro de conocer toda la estension de vuestro infortunio: ahora me veo reducido á conjeturar males que quizá no existen. Sacadme, señor, de esta cruel incertidumbre, y permitid os pruebe que soy digno de vuestra confianza."

-- Ya te he respondido sobre este artículo; dijo La-Motte, y te he prohibido que me vuelvas á hablar de él. Al presente me obligas á decirte que me inquietará muy poco tu partida si vuelves á perseguirme con semejantes preguntas." La-Motte se alejó enfadado, dejando á su hijo en la mayor confusion.

La llegada del Marqués habia disipado los celosos terrores de Madama La-Motte. Conoció cuán injusta habia sido con Adelina considerando su estado de abandono.....; el inalterable afecto que habia manifestado en su conducta..... la dulzura y la paciencia con que habia soportado su injurioso trato; todo esto la conmovió, y aprovechó la primera ocasion para volverla su primera amistad. Pero ella no podia esplicar esta aparente contradiccion de conducta sin hacer traicion á sus últimas sospechas de que se acordaba no sin avergonzarse, y no podia escusar sus procedimientos sin darla una satisfaccion de ellos. Se contentó, pues, con espresar en sus acciones el interés que acababa de renacer en su corazon. Adelina en un principio se admiró; pero esperimentaba demasiado placer en esta mudanza para que

tratase de investigar la causa de ella escrupulosamente.

Á pesar de la satisfaccion que Adelina esperimentaba de recobrar la amistad de Madama La-Motte, sus pensamientos sin embargo recaian frecuentemente sobre las tristes circunstancias de su situacion. No podia dejar de tener menos confianza que antes en el afecto de Madama, cuyo carácter se manifestó entonces menos amable que lo que se habia presentado á su imaginacion, y la parecia tener algun tanto de capricho. Sus reflexiones se fijaban sobre la llegada del Marqués á la Abadía; sobre la manifiesta aversion entre él y La-Motte y sobre sus mutuas sensaciones. Al fin, lo que la llenaba de una igual admiracion era que La-Motte hubiese escogido una propiedad del Marqués para habitar en ella, y que éste le hubiese dado su permiso para que continuase.

Quizá su alma se fijaba mas sobre este objeto por hallarse en cierto modo unida con Teodoro; pero tal idea se presentaba á su imaginacion sin que pudiese esplicar la causa porqué la formaba. El interés que tomaba en este negocio le atribuia á nuevas inquietudes por la conservacion de La-

Motte, y por su propio destino que tan estrechamente se hallaba unido al suyo. Algunas veces, á la verdad, se sorprendia y se entregaba á conjeturas sobre el grado de intimidad que habia entre Teodoro y el Marqués; pero en el mismo instante reprimia sus pensamientos, y se reconvenia severamente de haberles permitido estraviarse sobre un objeto que miraba como muy peligroso para la tranquilidad de su corazon.

CAPITULO SEGUNDO.

Algunos dias despues del suceso contado en el anterior capítulo, hallándose sola Adelina en su cuarto, la sacó de sus meditaciones un ruido de caballos que se sintió á la puerta. Miró por la ventana y vió entrar al marqués de Montalto en la Abadía. Este incidente la sorprendió, y una sensacion, de que no trató de buscar el orígen; la hiere de repente alejándose de la ventana. Sin embargo, la misma causa la volvió á atraer á ella precipitadamente; pero no descubriendo el objeto de su esperanza, ya no tuvo interés alguno en retirarse.

Engañada en su deseo, reflexionaba, cuando el Marqués salió con La-Motte. De repente aquel alzó la vista, vió á Adelina y la saludó; y ésta le volvió su saludo respetuosamente y se alejó de la ventana bien disgustada de que se la hubiese visto en ella. Ambos entraron en la Selva; pero la comitiva no los siguió como antes, y cuando volvieron, lo que tar-

dó en verificarse mucho tiempo, el Marqués montó á caballo sin detenerse, y partió.

El resto del dia La-Motte estuvo sombrío, taciturno y pensativo. Adelina le observaba con una atencion particular, y descubrió que La-Motte siempre estaba triste despues de tener alguna entrevista con el Marqués; y aun mas se admiró de que éste hubiese señalado el dia siguiente para venir á comer á la Abadía.

Al anunciar esto La-Motte hizo grandes elogios sobre el carácter del Marqués; preconizó muy particularmente su generosidad y la nobleza de su alma. En este momento Adelina se acordó de las anécdotas que habia oido contar concerniente á la Abadía, las que no dejaron de arrojar alguna sombra sobre el brillo de las cualidades que celebraba La-Motte. Sin embargo esta relacion no parecia merecer una grande confianza, porque ya se habia demostrado una parte de ella como falta, cual era lo que se habia contado de haber aparecido en la Abadía, pues que sus habitantes actuales no habian presenciado ninguna de estas apariciones.

Adelina, no obstante se aventuró á preguntar "si era el actual Marqués sobre quien se habian suscitado tan injuriosas sospechas. La-Motte respondió en tono de chanza." — Las historias de los aparecidos y duendes siempre han sido la admiracion y las delicias del vulgo: yo á lo menos estoy tan dispuesto á creer mas bien en mi propia esperiencia que en la relacion de los paisanos. Si sabeis alguna cosa en apoyo de estas relaciones, os suplico que me las comuniqueis, á fin de que pueda establecer mi creencia sobre ellas.

— No me entendeis, señor, respondió Adelina; mi pregunta no pertenece á espíritus sobrenaturales: solo tenia por objeto otra parte de la relacion; es decir, aquella en que se insinúa que por órden del Marqués se habia encerrado aquí á una persona, que se dice ha sufrido una muerte funesta, por cuya razon se pretende que el Marqués ha abandonado la Abadía.

— "Puras ficciones de la ociosidad, dijo La-Motte, cuentos de viejas. Para refutar estas fábulas basta ver al Marqués; y si creeis la mitad de estas historias todas tienen el mismo orígen, y seria seguramente mostrarse muy poco superior á los necios que las cuentan; y yo creo Adelina que

en vos hay bastante talento para que deis crédito á semejantes patrañas.

Adelina se sonrojó, y calló; pero la habia parecido que La-Motte tomaba la defensa del Marqués con mas calor y atencion que lo que exigian aquellas circunstancias; se acordaba de la última conversacion que habia tenido con Luis, y su sorpresa llegó á su colmo.

Entre tanto esperaba la aurora con una mezcla de pena y placer: la esperanza de volver á ver á Teodoro ocupaba todos sus pensamientos, que la agitaban con diversas emociones. Tan pronto temia su presencia, tan pronto dudaba de su vuelta. Al fin conociendo su distraccion, se avergonzó de ver hasta qué punto habia cautivado su atencion aquel jóven. Llegó la mañana..... apareció el Marqués..... pero solo. La serenidad del corazon de Adelina se cubrió con una espesa nube; pero supo aparentar su tranquilidad ordinaria. El Marqués se mostraba afable, político, atento: á las atenciones mas placenteras y elegantes, juntaba el último refinamiento de la cortesanía: su conversacion era viva, divertida, algunas veces bastante atractiva, y mostraba un gran conocimiento del mundo, ó lo

que muchas veces se toma por esto, la ciencia de las sociedades del primer órden y las materias del dia.

La-Motte se hallaba en estado de sostener una conversacion de esta clase: ambos se empeñaron en ella con una especie de alegría, y tuvieron una discusion sobre los caracteres y las costumbres del siglo. Madama La-Motte jamás habia visto á su marido de tan buen humor desde su salida de París, y algunas veces se imaginaba que se encontraba allí. Adelina escuchaba; y la serenidad que solo habia al principio aparentado, acabó por hacerse verdadera. Era tan espresivo el arte del Marqués, y tan afable, que insensiblemente perdió su reserva, y volvió á tomar su vivacidad natural su antiguo imperio.

—"Al partir el Marqués, dijo á La-Motte se felicitaba de haber hallado tan agradable vecino. Éste le contestó por una cortesía."—"Algunas veces vendré á veros, continuó, y siento mucho no poder actualmente convidaros, y á vuestra querida amiguita, á que vengan á mi palacio, porque se está haciendo en él cierto reparo para que esten mas cómodas sus habitaciones."

La vivacidad de La-Motte desapareció

con su huesped: bien pronto volvió á su continuado silencio y á sus distracciones.

—"El Marqués es un hombre muy afable, dijo Madama La-Motte."

—"Muy amable, dijo su marido."

—"Parece que tiene un escelente corazon."

—"Escelente," dijo La-Motte.

—"Tienes el semblante como agitado amigo mio. ¿Cuál es la causa de esta turbacion?"

—"Nada..... pensaba solamente que es bien triste que con unos talentos tan agradables y un corazon tan escelente el Marqués haya podido."

—"¿Qué amigo mio, dijo Madama La-Motte con impaciencia?"

—"Que el Marqués haya podido dejar arruinarse esta Abadía," respondió La-Motte.

—"¿Es eso todo, dijo Madama La-Motte engañada en sus esperanzas?"

—"Eso es todo, á fé mia, contestó La-Motte saliendo del cuarto."

No hallándose ya sostenido el ánimo de Adelina por la conversacion tan viva del Marqués, volvió á entregarse á la meditacion; y luego que hubo partido, muy pensativa fue á pasearse á la Selva: siguió un sendero romántico que serpenteaba á lo largo de las orillas del arroyo, al cual cubrian el follage de los árboles. La serenidad de la escena y la calma con que el otoño coloreaba sus mas dulces matices, penetró su alma de una especie de tierna melancolía, y sin pensarlo dejó correr sobre sus mejillas una lágrima que se escapó de sus ojos sin saber porqué. Llegó á un retrete solitario formado por una porcion de árboles muy corpulentos. El viento penetraba tristemente por medio de las ramas, que ondulando dejaban caer sus hojas en tierra. Se habian sentado sobre un montecillo, y se abandonó á las tristes reflexiones que rodeaban su alma.

¡Oh! dijo, si me fuese dado penetrar en el porvenir y ver los sucesos que me esperan, ¡quizá por mi continua contemplacion me haria capaz de arrostrarlo con valor! Huérfana en este vasto universo, sin otro socorro que la amistad de dos estraños; sin otro medio de existencia que su voluntad, ¿qué puedo esperar sino desgracias? ¡Ay de mí! padre mio, ¿cómo habeis podido dejar así á vuestra hija abandonada á las tempestades de la vida para que sucumba bajo

su peso? ¡Ay de mí! Me encuentro sin ningun amigo: ..... "En estas palabras fue interrumpida por un ruido que salia del medio de las hojas caidas. Volvió la cabeza, y viendo al jóven amigo del Marqués, se levantó para marcharse." -- Perdonad esta indiscreccion, dijo aquel: vuestra voz me ha traido hácia este lado, y vuestras palabras me han detenido; pero mi delito lleva consigo su castigo al saber vuestros pesares..... ¿Cómo es posible que yo mismo no los sienta participando de ellos con vos y sufriéndolos? ¡Ojalá pudiera libertaros de ellos! Dudó por algun tiempo. "¿Que no pueda yo merecer el título de vuestro amigo, y hacerme digno de serlo á vuestros ojos?"

El desórden que habia en los pensamientos de Adelina apenas la dejó responder; tembló y retiró suavemente su mano que el jóven habia tomado al verla.

-- "Lo que habeis oido, señor, quizá es algun tanto exagerado. Es cierto que no soy feliz; pero un instante de abatimiento me ha hecho injusta, y soy menos digna de lástima que lo que he manifestado al decir que no tengo amigos, y pago con ingratitud las bondades del señor de La-Motte y de su esposa, que para mí han sido mucho

mas que amigos, y que ocupan el lugar de padres."

-- "Si asi es, yo los respeto, esclamó Teodoro con ardor; y si pudiese sin temeridad atreverme á preguntaros ¿por qué sois desgraciada?..... Aquí se detuvo Adelina, y alzando los ojos, vió los suyos fijos sobre ella con la mas profunda solicitud, y sus miradas se dirigieron de nuevo á la tierra." -- Os he afligido, dijo Teodoro con la mayor inquietud. ¿No podreis perdonarme, sobre todo, viendo que el interés que tomo en vuestra felicidad es el que me ha obligado á hacer esta pregunta?"

-- "No teneis necesidad de escusa, señor; estoy ciertamente reconocida á la compasion que mostrais por mí; pero la tarde es fria, y si lo teneis á bien bueno será que volvamos á la Abadía." Ambos marcharon, y Teodoro guardó un momento de silencio. -- "He tardado demasiado en solicitar vuestra indulgencia, la dijo, y quizá tendré aun necesidad de hacerlo ahora; pero me hareis justicia en creer tengo muy poderosas razones para preguntaros ¿qué grado de parentesco es el que os une á monsieur La-Motte?"

-- "No somos parientes, dijo Adelina;

pero jamás podré dejar de reconocer bastante los servicios que me ha hecho, y espero que mi corazon jamás perderá tampoco la memoria de ellos."

—"Á la verdad, dijo Teodoro sorprendido, ¿me será lícito preguntaros cuánto tiempo hace que le conoceis?"

—"Permitidme, señor, que sea yo la que os suplique me digais ¿á qué vienen todas esas preguntas?"

—"Teneis razon, dijo Teodoro con un semblante que mostraba reconvenirse á sí mismo; mi conducta merece seguramente que me hagais esa pregunta: hubiera debido hablaros mas claramente..... Teodoro demostraba estar agitado por alguna cosa que no queria espresar. "Aun ignorais hasta qué punto es delicada mi posicion, continuó; con todo, puedo aseguraros que mis preguntas son dictadas por el mas vivo interés acerca de vuestra felicidad..... y aun diré que por mis temores respecto de vuestra seguridad."

Adelina se estremece. —"Temo que os engañeis," dijo.

—"Temo que no: correis los mayores peligros." Adelina se detuvo, y mirándole con seriedad, le suplicó se esplicase. Sospechó que La-Motte estaba amenazado de alguna perfidia, y Teodoro continuando en callar, Adelina reiteró su peticion. —"Si La-Motte está envuelto en peligros, permitidme os suplico, le advierta de todo al instante; tiene demasiadas desgracias que temer."

—"¡Buena y sensible Adelina esclamó Teodoro! Es necesario tener un corazon de bronce para querer ultrajaros. ¿Cómo os instruiré de lo que temo sea demasiado cierto, y cómo podré dispensarme de advertiros que vuestros peligros son?....." Aquí fue interrumpido por el ruido de las pisadas que se oyeron entre los árboles, y en seguida vió á La-Motte atravesar la senda en que se encontraban. Confusa Adelina de haber sido descubierta con el forastero, se apresuró á reunirse con La-Motte; pero Teodoro la retuvo, y pidió le prestase un momento de atencion.

—"Ahora no tengo tiempo de esplicarme la dijo, y sin embargo lo que tengo que manifestaros es de la mayor importancia para vos misma. Prometedme, pues, venir mañana á la tarde á algun lugar de la Selva, cerca de estas horas, y espero convenceros entonces de que mi conducta no

se dirige ni por circunstancias ni por intereses ordinarios."

Adelina se estremeció á la idea de dar una cita. Dudó y pidió al fin á Teodoro no difiriese para el dia siguiente una esplicacion que parecia tan importante, sino seguir á La-Motte, é informarle al momento del peligro que corria.

—"Pero éste se acerca: amable Adelina, prometedme que vendreis."

—"Os lo prometo, dijo Adelina temblando: mañana por la mañana volveré lo mas pronto posible al mismo lugar en que me habeis hallado esta tarde." Á estas palabras retira su mano trémula que Teodoro casi habia llevado á sus lábios, y desapareció al momento.

La-Motte se acercó á Adelina, y temiendo ésta no hubiese descubierto á Teodoro se hallaba algun tanto confusa. —"¿Á dónde se ha ido tan pronto Luis, dijo La-Motte?" Adelina se alegró de su equivocacion y no trató de sacarle de ella. Volviéronse á la Abadía ambos meditando y Adelina demasiado ocupada en lo que acababa de oir se retiró á su habitacion. Allí repasó en su imaginacion todas las palabras de Teodoro, y cuanto mas las analizaba mas redoblaban

su confusion. Algunas veces se culpaba de haber dado una cita en la incertidumbre de si acaso la habia solicitado con el objeto de declararla su amor; pero de repente su delicadeza desechaba esta idea, y se culpaba de haberse creido capaz de inspirar una pasion: recordaba el sério ardor de la voz y de las acciones de Teodoro cuando la habia suplicado viniese á buscarle; y como por ella le habia convencido de la importancia de esta esplicacion: se confundia, se estremecia de un peligro que no podia concebir, y esperaba el dia siguiente con la mayor impaciencia. Algunas veces tambien el tierno interés que habia manifestado por su felicidad, sus miradas y su semblante, tan acordes, se deslizaban en su memoria y despertaban una agradable agitacion y una secreta esperanza que no la eran indiferentes. Se la sacó de estas reflexiones llamándola á cenar. La cena fue triste: era la última noche que Luis pasaba en la Abadía. Adelina, que le estimaba, sentia verle partir: Luis fijaba muchas veces los ojos sobre ella con unas miradas que parecia espresar se hallaba á punto de dejar el objeto de su cariño. Adelina trató con su alegría de reanimar á la familia, y sobre todo á Mada-

ma La-Motte, que vertia muchas lágrimas. -- "No tardaremos en vernos, dijo Adelina, y espero que será en mas felices circunstancias." La-Motte suspiró: el rostro de Luis se cubrió de alegría con este discurso. "¿Lo deseais vos, dijo con mucha energía?"

-- "Ciertamente, replicó ella. ¿Podeis dudar del interés que tomo por mis mejores amigos?"

-- "No puedo dudar de ninguna felicidad, dijo Luis, cuando vos sois la que la anuncia."

-- "¿Olvidas que has dejado á París, dijo La-Motte con una ligera sonrisa? Semejantes cumplimientos son buenos en aquella capital..... En los bosques solitarios esto es absolutamente inútil."

-- "Señor, dijo Luis, la admiracion no es siempre el lenguage de la simple urbanidad."

Adelina, deseando variar de conversacion, preguntó á qué parte de Francia iba. Luis respondió que su regimiento iba á Perona, y que debia dirigirse allí sin demora. Despues de algunas conversaciones indiferentes, cada uno se retiró á pasar la noche en su aposento.

La proximidad de la partida de Luis ocupaba los pensamientos de Madama La-Motte; y al desayuno esta se presentó con los ojos llenos de lágrimas. La palidez de su hijo denotaba no haber descansado mas que su madre. Despues del desayuno, Adelina se retiró por un momento para no interrumpir la conversacion con su presencia. Paseándose sobre la esplanada delante de la Abadía, se acordó de lo que la habia sucedido el dia anterior, y sintió aumentarse su impaciencia por acudir á la cita. Luis no tardó en reunirse con ella. "Sois bien cruel, la dijo, en dejarnos así en los últimos instantes de mi permanencia aquí: si pudiese lisonjearme de que alguna vez ocuparia vuestra memoria cuando me halle lejos de este sitio, partiria con menos sentimiento." Entonces la espresó el dolor que sentia en dejarla, y aunque se armó de resolucion para no hacer una confesion clara de una pasion que debia ser inútil, su corazon sucumbió al poder de ella y pronunció lo que Adelina temblaba oir.

-- "Esta declaracion, dijo ella, esforzándose á contener su emocion, me causa una pena inesplicable."

-- "¡Ah! no hableis así, interrumpió Luis, sino dadme alguna ligera esperanza para sostenerme en la cruel ausencia que voy á sufrir: decidme que no me aborreceis..... decid....."

-- "Me apresuro á decirlo, respondió Adelina con una voz trémula: si teneis alguna satisfaccion de vivir seguro de mi estimacion y amistad..... recibid esta seguridad..... Como el hijo de mis mas grandes bienhechores teneis derecho á....."

-- "No hableis de beneficios, dijo Luis; vuestros méritos valen mas que todos ellos: permitidme esperar un sentimiento menos frio que el de la amistad: he contenido largo tiempo mi pasion en el silencio, porque he previsto los obstáculos que debia encontrar; ¿qué digo? He tratado de sufocarla: me he atrevido, perdonad la suposicion, me he atrevido á creer posible ocultaros..... ¡Ah!....."

— "Me causais mucho sentimiento interrumpió Adelina: no debia yo oir semejantes discursos: no sé fingir: os aseguro, pues, que aunque vuestras virtudes siempre me obliguen á profesaros estimacion, no debeis de ningun modo lisonjearos de mi amor: aunque yo pudiese escucharos

nuestra situacion me lo prohibiría: si sois mi amigo en efecto, os hariais un placer en ahorrarme este combate entre el afecto y la prudencia: dejadme lisonjear tambien de que el tiempo os enseñará á reducir vuestro amor á los límites de la amistad."

-- "Jamás, esclamó Luis con fuerza; si esto fuese posible mi pasion seria indigna de su objeto." -- Mientras hablaba, el cervato querido de Adelina vino hácia ella saltando. Este incidente penetró á Luis de tal modo que le hizo verter lágrimas. -- "Este animalito, dijo despues de un corto silencio, ha sido el que primero me ha conducido cerca de vos: él fue testigo del momento en que yo os ví por la primera vez en que fuí atraido por un incidente demasiado poderoso para mi corazon: este momento está ahora bien fijo en mi memoria, y este ser irracional vuelve aun para ser testigo de mi partida." El dolor le interrumpió.

Despues de haber recobrado su voz, dijo: "Adelina, cuando echeis la vista sobre vuestro pequeño favorito, cuando le acariciais acordaos del desgraciado Luis: ¡Ah! Entonces estaré lejos de vos; no me

negueis siquiera este triste consuelo de creerlo así."

— "No tendré necesidad de semejante advertencia para pensar en vos, dijo Adelina con amable sonrisa: vuestros buenos padres, vuestro propio mérito, son derechos muy suficientes para mi memoria; si pudiese vuestra prudencia natural volver á tomar su imperio sobre vuestro amor, mi satisfaccion igualaria á mi estimacion por vos."

— No lo espereis, dijo Luis, y yo no querria tal poder, porque aquí el amor es virtud. Hablando así vió á La-Motte que revolvia uno de los ángulos de la Abadia. "Los momentos son preciosos, dijo Luis, se me interrumpe..... Adelina, á Dios: decidme si pensareis alguna vez en Luis."

— "Á Dios, dijo Adelina, penetrada de su dolor..... y vivid en paz: pensaré en vos con el afecto de una hermana." Luis suspiró profundamente y la apretó la mano. Entonces La-Motte doblando una esquina de las ruinas, volvió á aparecer. Adelina los dejó juntos y se retiró á su cuarto oprimida de esta escena. La pasion de Luis y la estimacion que la concedia, era demasiado sincera para no inspirarla una

gran compasion por su desgraciado amor. Permaneció en su habitacion hasta que Luis dejó la Abadía, no queriendo esponerle ni esponerse á sí misma al pesar de una despedida mas sensible.

Cuanto mas se acercaba la tarde y la hora de la cita, mas se aumentaba la impaciencia de Adelina; y no obstante cuando llegó el momento de acudir al sitio designado, la faltó la resolucion y no se atrevió á llevar adelante su plan: juzgaba ver en una entrevista concertada una falta de delicadeza y un disimulo que la repugnaba: se acordaba de las tiernas demostraciones de Teodoro, y de las diversas circunstancias que parecian anunciar que su corazon estaba interesado en este suceso. En seguida casi llegó á temer que no hubiese sorprendido su consentimiento para esta cita llevado de alguna sospecha mal fundada, y estaba ya casi decidida á no ir: sin embargo, podia darse que la asercion de Teodoro fuese sincera y que los peligros que ella corria fuesen ciertos: su posibilidad la hizo conocer cuán poco racional era la delicadeza de sus escrúpulos, y se admiró de cómo por un solo momento habia podido titubear: con un tan sério interés y recon-

viniéndose por el retardo de que ellos eran la causa, se apresuró á acudir á la cita.

El estrecho sendero que conducia á este lugar era silencioso y solitario, y cuando ella llegó al sitio aun no estaba allí Teodoro: un movimiento de amor propio la hizo resentirse de ser mas puntual que él mismo, y desde el cenador pasó á un camino que se dirigia por entre los árboles á mano derecha: despues que hubo andado algun tiempo sin ver á nadie y sin oir un paso retrocedió; pero aun no habia venido Teodoro y volvió de nuevo á dejar el sitio: volvió á él otra vez y aun no parecia, y acordándose del tiempo que habia pasado desde que dejó la Abadía, se inquietó y calculó que la hora convenida habia ya pasado con mucho. Estaba en la mas cruel indecision, y se sentó sobre un cesped resuelta á esperar el suceso. Despues de haber permanecido allí hasta declinar el dia esperando supérfluamente, su orgullo concibió nuevos temores: tembló que no hubiese descubierto alguna parte del interés que la habia inspirado, y creyendo que entonces le trataba con una negligencia premeditada, dejó aquel lugar reconviniéndose por su imprudencia.

Apaciguadas estas primeras emociones y habiendo recobrado la razon su imperio, se avergonzó de lo que llamaba ella efervescencia pueril del amor propio, y se acordó como por primera vez de estas palabras de Teodoro: "temo que no se os engañe; temo que corrais los mayores peligros." Su sentencia perdonó al censor, y no vió en él ya mas que un amigo; pero el tenor de estas palabras de que ella no sospechaba aun la verdad, renovó sus temores. ¿Por qué se ha tomado el cuidado, decia ella, de salir del castillo con la mira de prevenirme del peligro sino deseaba garantirme de él? Y si lo deseaba, ¿qué otra razon que una absoluta imposibilidad podia impedirle hallarse en la cita?

Estas reflexiones la decidieron de repente, y resolvió ir al dia siguiente al cenador á la misma hora: no dudaba que el interés que le habia visto tomar por su suerte no le condujese allí con la esperanza de encontrarla: no podia disimularse que estaba amenazada de un gran peligro; pero la era imposible presentir cuál seria. Los señores de La-Motte eran sus amigos; ¿y quién pues, alejada de su padre, podia perseguirla? ¿Pero por qué Teodoro la habia

dicho que se la engañaba? Se hallaba en la imposibilidad de salir de este laberinto de congeturas; pero trató de hacer callar sus inquietudes hasta el dia siguiente por la tarde: durante este intervalo hizo los mas grandes esfuerzos para distraer á Madama La-Motte, que efectivamente necesitaba algun consuelo despues de la partida de su hijo.

Oprimida de este modo con sus propios pesares, y participando de los de Madama La-Motte, Adelina se retiró para descansar. Bien pronto los perdió de su memoria, pero fue para caer en un sueño fatigoso que habita demasiadas veces en el lecho de los desgraciados: en fin, su imaginacion turbada la presentó el sueño siguiente.

Creyó verse en una grande y antigua habitacion perteneciente á la Abadía, aunque amueblada en parte, mas antigua y mas horrorosa que todas las que hasta entonces habia visto: la pieza estaba perfectamente tabicada; sin embargo nadie parecia. Mientras que reflexionaba, examinando el aposento, oyó una voz débil que la llamaba, y mirando hácia el lado de donde partia esta voz, percibió al sombrío resplandor de una lámpara una figura acostada en un lecho tendido en el suelo. La voz la volvió á llamar; se acerca al lecho y ve distintamente las facciones de un hombre que se hallaba á punto de espirar: una palidez espantosa cubria su rostro; pero en ella se mezclaba al mismo tiempo una espresion de dulzura y de bondad que la interesaban poderosamente.

En tanto que ella le consideraba, sus facciones se mudaron, y aparecieron en su rostro las convulsiones de una agonía mortal: esta imágen la aterró: retrocedió de espanto; pero de repente el moribundo alargó la mano, asió la suya, y se la apretó con violencia. Helada de espanto hacía esfuerzos para desprenderse; y mirando de nuevo su rostro, vió un hombre que le pareció tener como treinta años, con las mismas facciones, pero en perfecta salud, y que tenia la fisonomía mas dulce; siguió mirándola tiernamente: movió los lábios como para hablarla; pero al momento se abrió el suelo y desapareció á sus ojos. El esfuerzo que hizo para librarse de ser arrastrada la despertó.

Este sueño habia obrado con tanta fuerza sobre su imaginacion que la fue necesario algun tiempo para hacerse superior á

su terror, y aun para convencerse de que se hallaba en su mismo cuarto: en fin, consiguió calmarse y dormirse de nuevo; pero fue para volver á caer en otro sueño mas terrible.

Creyó que se habia estraviado en ciertas galerías tortuosas de la Abadía; que era casi de noche y que habia andado errante largo tiempo sin poder hallar una puerta. De repente oye una campana que suena en lo alto, y muy luego unas voces confusas á lo lejos: redobla los esfuerzos para salir de allí: al instante todo queda en silencio, y fatigada en fin de sus investigaciones, se sentó sobre una grada que atravesaba la galería; no estuvo allí largo tiempo cuando vió resplandecer una claridad á alguna distancia sobre las paredes; pero un recodo de la galería, que era muy largo, la impidió ver de donde venia el resplandor. Este continuó siendo bastante débil por algun tiempo, y de repente vino á alumbrar con mas fuerza: al momento vió entrar en la galería un hombre vestido con un gran manto negro como los que acompañan ordinariamente los duelos, y con una antorcha en la mano: la mandó seguirle y la condujo por una larga galería al pie de una escalera. Ella temblaba al caminar y retrocedia, pero el hombre principió á perseguirla, y en medio del espanto que la habia causado despertó.

Asombrada de estas visiones y sobre todo de la relacion que parecian tener entre sí, trató de permanecer despierta, temiendo que sus horrorosas imágenes volviesen aun á perturbar su alma; mas al cabo de algun tiempo sus espíritus oprimidos volvieron á caer en el entorpecimiento aunque no en el reposo. Creyó verse entonces en una antigua y vasta galería, y en el fondo la puerta de un cuarto entreabierta, y luz dentro: se dirigió á ella y descubrió al hombre que ya habia visto, en pié cerca de la puerta haciéndola señas de que se acercase á él: por un efecto de la incoherencia, tan comun en los sueños, ella no se esforzó á evitarlo; antes se llegó y le siguió á una série de aposentos muy antiguos cubiertos de negro y alumbrados como para unos funerales. El hombre la guió hasta llegar al mismo cuarto que se acordaba haber visto en su primer sueño: en el estremo de él se veia un ataud cubierto con un paño fúnebre, alrededor del cual habia algunas hachas y diferentes personas que parecian sumergidas en el mayor dolor.

De repente la pareció que todas aquellas personas habian desaparecido y que se hallaba sola; que se acercaba al ataud y que mientras le consideraba se dejó oir una voz sin ver á nadie que la diese. El hombre que habia visto al principio apareció al momento al lado del ataud levantó el paño, y entonces ella vió una persona muerta, que creyó reconocer por la del caballero que habia visto espirando en su primer sueño: su rostro tenia impresas las señales de la muerte aunque estaba sereno. Mientras que miraba, se abrió su costado y salió de él un arroyo de sangre que cayó en el suelo é inundó todo el cuarto: al mismo tiempo oyó algunas palabras pronunciadas por la misma voz que habia oido antes; pero el horror de esta escena la oprimió de tal modo que despertó sobresaltada.

Despues de haber recobrado sus sentidos, se sentó sobre el lecho para convencerse de que lo que habia visto no era mas que un sueño. Estaba tan agitada que se aterró de hallarse sola, y estuvo para llamar á Anita. El semblante del muerto y el aposento en que le habia visto, permanecian profundamente grabados en su imaginacion:

creia sin cesar oir la voz y contemplar las figuras que sus sueños la habian representado: cuanto mas reflexionaba sobre esto mas se redoblaba su sorpresa, y era tan terrible que se la representaban frecuentemente y parecian tener entre sí tal union, que apenas podia creerlos fortuitos ó casuales. ¿Pero por qué habrian sido sobre naturales? Esto era lo que no podia esplicar, y así la fue imposible cerrar los ojos en el resto de la noche.

CAPITULO TERCERO.

Cuando Adelina se presentó á desayunarse, llevaba impresas en su semblante las señales de la debilidad y opresion en tales términos que asombraron á la Señora La-Motte y la preguntó si estaba indispuesta. Adelina se esforzó á reir y dijo que habia pasado mal la noche, porque habia tenido unos sueños muy terribles. Iba á hacer la narracion de ellos; pero un movimiento involuntario se lo impidió. Al mismo tiempo La-Motte puso de tal modo sus temores en ridículo, que se vió casi avergonzada de ellos, y se esforzó á arrojar de su imaginacion la memoria de lo que los habia causado.

Despues del desayuno trató de distraer sus ideas hablando con la Señora La-Motte; pero estaban enteramente ocupadas con el incidente de los dos últimos dias, por los sueños, y por sus conjeturas sobre lo que Teodoro debia comunicarla. Habian pasado algunos momentos en este estado, cuando oyeron voces

hácia la gran puerta de la Abadía: Adelina acercándose á la ventana vió al Marqués y á su comitiva en la esplanada. El portal de la Abadía robaba á sus ojos muchas personas entre las cuales podia hallarse Teodoro: continuaba buscándole con los ojos, cuando el Marqués entró en la sala con La-Motte y algunas otras personas. Muy luego la Señora La-Motte vino á recibirle y Adelina se retiró á su habitacion.

La-Motte no tardó en enviarla á decir que viniese donde se la esperaba: en vano creia encontrar allí á Teodoro. Cuando Adelina se presentó, el Marqués se levantó y la hizo algunos cumplimientos generales, despues de los cuales la conversacion se animó sobre diversos objetos. Adelina, no pudiendo aparentar alegría en medio de las inquietudes de que estaba rodeado su corazon, tomó muy poca parte en la conversacion; mas el nombre de Teodoro no se pronunció en ella ni una sola vez: de buena gana hubiera preguntado por él si hubiera podido hacerlo sin dar que sospechar; pero se vió obligada á limitarse á esperar en un principio que viniese á comer, y despues que pareciese antes de la partida del Marqués.

Así se pasó este dia en esperanzas engañadas: se acercaba la noche y estaba condenada á permanecer en presencia del Marqués, y aparentar oir con gusto una conversacion de que apenas se enteraba, mientras que faltaba quizá á la ocasion que debia decidir de su suerte; mas de repente salió de este terrible estado para sumergirse en otro mas cruel aun si era posible.

El Marqués se informó acerca de Luis; y habiendo sabido su partida, dijo que Teodoro Peyron habia marchado tambien aquella mañana para reunirse á su regimiento en una provincia distante: sentia mucho la pérdida que le hacia esperimentar su ausencia, é hizo los elogios mas lisonjeros de sus talentos. Esta noticia fue para Adelina una saeta á la cual sucumbieron sus espíritus largo tiempo agitados: sus megillas se pusieron pálidas, y se vió acometida de una debilidad repentina, de la que no volvió sino para conocer que se habia vendido, esto es que habia dado á conocer sus emociones, y temió volver á caer en un segundo desfallecimiento.

Se marchó pues á su habitacion, y allí, viéndose sola, su corazon oprimido halló

alivio en el llanto que derramó ampliamente. Las ideas se multiplicaban de tal modo en su alma, que se pasó mucho tiempo antes que tuviese bastante valor para producir alguna cosa que se asemejase al razonamiento. Trató de esplicar la causa de la pronta partida de Teodoro. "¿Es posible, dijo, que se interese en mi suerte, y me deje enteramente espuesta á un peligro que él mismo ha previsto; ó es preciso creer que me ha engañado y que se ha burlado de mi simplicidad por un frívolo capricho, y para abandonarme en seguida á los terribles terrores que me ha inspirado? ¡Es imposible! Una figura tan noble, unas facciones tan amables, jamás pueden ocultar un corazon capaz de formar un proyecto tan bajo..... Cualquiera que sea la cosa que me suceda; no renunciaré á la satisfaccion de creerle digna de mi estimacion." Adelina salió de esta reflexion por un trueno distante; y entonces vió que la obscuridad de la noche se habia aumentado por la proximidad de la tempestad: ésta se adelantaba retronando: bien pronto pareció que los relámpagos querian abrasar la habitacion: Adelina era superior á todos los temores

vulgares ; mas sin embargo esperimentó bastante pavor al encontrarse sola ; y lisonjeándose de que el Marqués habria dejado la Abadía, bajó al salon ; pero el aspecto amenazador de la tempestad le habia detenido, felicitándose de no haberse alejado. La tormenta continuó y la noche sobrevino: La-Motte instó á su huesped aceptase un lecho en la Abadía, y éste consintió al fin ; circunstancia que puso á la Señora La-Motte en algun embarazo con respecto á la comodidad que era necesario proporcionarle. Despues de haber pensado bien en ello, ordenó todo á su satisfaccion, cediendo su cuarto al Marqués, y el de Luis á dos de las principales personas de su comitiva: ademas se convino en que Adelina cederia su habitacion á los señores La-Motte, y se retiraria á otro interior donde se la puso un pequeño lecho que Anita ocupaba ordinariamente.

Durante la cena el Marqués estuvo menos alegre que lo que acostumbraba: dirigia muchas veces la palabra á Adelina: sus miradas y sus acciones parecian espresar la tierna inquietud que la habia inspirado su indisposicion, porque tenia

siempre el semblante pálido y débil: Adelina hizo un esfuerzo como de ordinario para ocultar sus inquietudes y aparentar que se hallaba contenta ; pero el velo de una alegría prestada era demasiado ligero para ocultar los vestigios del dolor ; y sus débiles sonrisas solo servian para dar un tanto de dulzura á su tristeza. El Marqués habló con ella sobre diversos objetos y manifestó selectos conocimientos: las observaciones de Adelina, que solo hacía cuando se veia muy precisada á ello, y con una modesta repugnancia, parecian escitar en el Marqués una aficion que dejaba muchas veces entrever con palabras que se le escapaban como por inadvertencia.

Adelina se retiró temprano á su habitacion que estaba á un lado de la de la Señora La-Motte, y por el otro lindaba con el gabinete de que ya se ha hablado: era espaciosa y elevada, y los pocos muebles que allí se encontraban estaban en muy mal estado. Quizá tambien la situacion actual de su alma contribuia á dar al aposento el aspecto de la melancolía que parecia ver reinar en él: no estaba dispuesta á acostarse temiendo volver á caer en

los sueños que la habian perseguido la noche anterior: últimamente resolvió permanecer sentada hasta que el sueño la fatigase en demasía y pudiese contar con un seguro descanso. Puso la luz sobre una mesita, tomó un libro y prolongó su lectura hasta cerca de una hora: entonces su imaginacion se negó á distraerse por mas tiempo con sus propios pesares, y permaneció algunos momentos apoyada sobre su brazo en una actitud pensativa.

El viento era fuerte: cuando soplaba por medio del aposento solitario movia las débiles puertas de él: muchas veces se estremecia; otras creia oir suspiros cuando el viento cesaba; pero desechaba las ilusiones que la noche y su triste imaginacion conspiraban á producir en ella. Como meditase con los ojos fijos sobre la pared opuesta, notó que la tapicería de que estaba colgado el aposento se meneaba mas que las otras: la miró durante algunos minutos, y despues se levantó para examinarla mas de cerca: lo hizo con efecto y era el viento el que la movia: se avergonzó del temor pasajero que habia concebido; pero observó que la tapicería se meneaba con mas violencia en

la puerta del gabinete, y que salia de allí un ruido que parecia mayor que el soplo del viento. El viejo tablado de la cama que La-Motte halló en este aposento se habia armado para Adelina, y cabalmente detras del sitio en que se habia puesto era por donde parecia salir el viento con una furia estraordinaria. La curiosidad la hizo seguir en su exámen: tentó la tapicería, y sintiendo que cedia la pared bajo su mano, levantó la colgadura y descubrió otra pequeña puerta, cuyas cerraduras dejaban penetrar el viento, y ocasionaban el ruido que habia escuchado.

La puerta solo estaba cerrada por un cerrojo; lo descorre, y tomando la luz baja por una escalera á otra habitacion. Al momento se acuerda de sus sueños. Esta habitacion se parecia mucho á aquella en que habia visto al caballero moribundo, y en seguida el ataud; y la daba una idea confusa de otra pieza que habia atravesado; levantando la luz para examinarla mejor, se convenció por su estructura de que hacia parte de la antigua fundacion de la Abadía: una ventana desmoronada á bastante altura del suelo pa-

recia ser la única abertura por donde entrase la claridad: vió una puerta al lado opuesto de la habitacion, y despues de haber dudado algunos momentos, volvió á armarse de valor y resolvió seguir sus investigaciones. "Parece dijo, que hay en estos aposentos un misterio que quizá estoy destinada á penetrar; á lo menos yo veré adonde conduce esta puerta."

Se adelantó, y habiéndola abierto atravesó con paso trémulo una larga série de aposentos que se parecian á los primeros por su estado y estructura y se terminaban por una pieza exactamente conforme á aquella en que habia visto en sueños la persona moribunda: este recuerdo hirió tan fuertemente su imaginacion, que estuvo á pique de desmayarse, y mirando alrededor del cuarto casi esperaba ver el fantasma de su sueño.

No teniendo fuerzas para retirarse se sentó en unos viejos muebles para recobrar las fuerzas, porque su alma estaba bastante desfallecida con un terror supersticioso, cual jamás habia esperimentado: veia con asombro á qué parte de la Abadía correspondian estas piezas: estaba sorprendida de que en tan largo tiempo no las hubiese descubierto:

todas las ventanas estaban muy altas para proporcionarla de fuera alguna luz: sobre todo, cuando se halló suficientemente tranquila para considerar la direccion de las piezas y la situacion de la Abadía, no dudó ya de que hubiesen formado una parte interior del edificio. Mientras que se sucedian en su espíritu estas ideas, la luz súbita ó el resplandor de la luna hirió un objeto fuera de la ventana. Hallándose entonces bastante tranquila para continuar su registro, y creyendo que este objeto podria proporcionarla algun medio de conocer la situacion de los aposentos, combatió los temores que la quedaban, y para distinguirlo mejor llevó su luz á una pieza mas distante; pero antes que volviese, una nube espesa ocultó el disco de la luna y todo quedó entonces en la obscuridad: esperó algunos momentos con el objeto de ver si el resplandor volvia á aparecer; pero la obscuridad continuó, y volviendo con cuidado para tomar de nuevo la luz, su pié tropezó contra una cosa que estaba en el suelo; y mientras que se detenia para examinarlo, la luna brilló otra vez de modo que pudo distinguir por la ventana las torres orientales de la Abadía.

Este descubrimiento confirmó sus pri-

meras sospechas tocante á la situacion interior de estos aposentos. La obscuridad del sitio la habia impedido reconocer lo que la embarazaba el paso; pero habiendo acercado la luz, vió en el suelo un viejo puñal: le levantó con mano trémula, y examinándole mas de cerca observó que estaba cubierto de orin. Llena de admiracion mira alrededor del cuarto por si puede descubrir algun otro objeto que confirme ó destruya las horrorosas sospechas que agitaban su alma; pero nada vé sino un gran sillon, cuyos brazos estaban rotos, y una mesa tambien destrozada en un rincon del cuarto: al fin notó hácia el otro lado un confuso monton de cosas que parecian ser muebles viejos: se acercó y distinguió un tablado de cama roto, algunos restos de muebles cubiertos de polvo y telas de araña, que en efecto parecia no habérseles tocado hacia muchos años. Deseando llevar mas lejos su exámen, trató de levantar lo que parecia haber constituido parte del tablado de la cama; pero el objeto se le vá de la mano, y rodando al suelo se llevó consigo algunos trozos de los muebles. Adelina se apartó estremecida y dió á huir; pero pasado el estruendo de esta caida oyó otro ligero ruido,

y al punto de salir del aposento vió caer una cosa suavemente entre los muebles.

Ésta era un rollo de papel atado con una cuerda y cubierto de polvo. Adelina le tomó, y abriéndole notó que estaba escrito; trató de leerle; pero la parte del manuscrito que miró se hallaba tan borrada que tuvo gran dificultad en hacerlo; sin embargo, las pocas palabras que se encontraban legibles, la habian inspirado curiosidad y terror, y la obligaron á llevarlo todo á su cuarto. Luego que estuvo en él, cerró la puerta falsa y dejó caer la tapicería como antes. Era entonces media noche: la tranquilidad de esta hora, que solamente la interrumpian los sordos gemidos del huracan, exaltaban el terror y las sensaciones de Adelina: no hubiera querido estar sola; y antes de ponerse á leer el manuscrito escuchó si la señora La-Motte estaba aun en su cuarto. No se oia el menor ruido, y asi abrió lentamente la puerta: el silencio profundo que reinaba en lo interior, casi la persuadió que no habia nadie; pero queriendo asegurarse mejor, trajo su luz y halló la pieza vacía: se asombró de que la Señora La-Motte no estuviese aun en su cuarto á una hora tan adelantada: llegó

á lo alto de la torre para escuchar si se oía á alguna persona, y con efecto oyó abajo muchas voces, y entre otras la de aquella Señora que hablaba en su tono acostumbrado: segura entonces de que todo iba bien tomaba el camino de su aposento, cuando oyó que el Marqués pronunciaba su nombre con un énfasis estraordinario: se detuvo. —"La adoró, continuó él, y juró....." Fue interrumpido por La-Motte.—"Señor, acordaos de vuestra promesa."

—"Me acuerdo bien, replicó el Marqués, y la cumpliré; pero dejémonos ahora de eso; mañana yo me declararé, y entonces sabré qué debo esperar y lo que debo hacer."

Adelina temblaba tanto, que apenas podia sostenerse: quiso volverse á su cuarto; pero las palabras que acababa de oir la tocaban demasiado de cerca para que no se inquietase deseando una mas ámplia esplicacion: hubo un intervalo de silencio, despues del cual ambos hablaron en un tono mas bajo. Adelina se acordó de los consejos de Teodoro, y resolvió salir, si era posible, de la inquietud que entonces esperimentaba: bajó muy despacio algunos escalones á fin de oir mejor á los interlocutores; pero

hablaban tan bajo, que no oia mas que algunas palabras de tiempo en tiempo. "¿Su padre, decís, dijo el Marqués?"

—"Si señor, su padre: estoy bien informado de lo que os digo."

Adelina se estremeció de oir hablar de su padre: se vió acometida de un nuevo terror, y llevada de su curiosidad trató de distinguir sus palabras; pero la fue imposible durante algunos instantes. —"No hay que perder tiempo; para mañana pues, dijo el Marqués." Adelina oyó á La-Motte levantarse, y creyendo que era para salir del cuarto, precipitó sus pasos, y habiendo llegado al suyo, cayó sin conocimiento en un sillon; pensaba únicamente en su padre: no dudaba que hubiese buscado y descubierto su retiro; y aunque esta conducta no la parecia del todo consecuente con sus primeros procedimientos, cuando la habia abandonado á unos estraños; sus temores la hacian creer que aun la reservaba su barbarie algo que padecer. No titubeó un momento en decidir que este era el peligro de que Teodoro la habia advertido; pero la era imposible imaginar cómo habia tenido conocimiento de él, ó cómo habia llegado á saber sus aventuras, á menos que no fuese

por La-Motte su amigo y su protector en la apariencia, pero del que sospechaba entonces, aunque á su pesar, que la habia vendido. En efecto ¿por qué La-Motte no ocultaba sino á ella sola el conocimiento de las intenciones de su padre, á menos de que no tuviese el proyecto de entregarla en sus manos? Pero aun necesitó largo tiempo para creer posible esta consecuencia. Descubrir el crímen en aquellos que hemos amado es uno de los tormentos mas crueles para una alma virtuosa; y asi es que muchas veces se desecha la conviccion en vez de someterse á ella.

Las palabras de Teodoro por las cuales la prevenia era engañada, confirmaron estas horrorosas sospechas sobre La-Motte, y otras aun mas tristes; á saber: que su esposa conspiraba tambien contra ella. Este pensamiento fue superior á sus temores por un momento, y la dejó enteramente entregada al dolor: lloró amargamente. "¡Es esta esclamó, la naturaleza humana!" ¿Estoy condenada á no encontrar mas que pérfidos? El descubrimiento del vicio en los que hemos amado nos conduce á estender nuestras conjeturas del individuo á la especie, y entonces es cuando concluimos que no debemos fiarnos de nadie.

Adelina resolvió arrojarse á los pies de La-Motte el dia siguiente, é implorar su piedad y proteccion: su alma estaba entonces demasiado agitada por sus propios intereses para que pudiese examinar el manuscrito: continuó meditando hasta que oyó los pasos de la señora La-Motte que iba á acostarse: poco despues su esposo subió tambien á su cuarto; y Adelina, la buena y perseguida Adelina, que acababa de pasar dos dias en una terrible ansiedad, y una noche en visiones horrorosas, trató de calmar su alma y prepararla al descanso. En el estado actual de su ánimo, fácilmente se atemorizaba: apenas se habia dormido, cuando la despertó un ruido estraordinario; presta el oido y cree que el ruido venia de las habitaciones de abajo; pero al cabo de algunos minutos llamaron precipitadamente á la puerta del cuarto de La-Motte.

Acababa de dormirse y no podia despertársele fácilmente; pero el ruido se redobló con tanta violencia, que Adelina sumamente espantada se levantó y vino á la puerta que daba de su cuarto al de La-Motte con intencion de llamarle; mas la detuvo la voz del Marqués, que oyó entonces

distintamente á la puerta, el cual decia á La-Motte se levantase al momento, y á su señora que se esforzaba á despertar á su marido; y muy poco despues, habiéndose reunido con el Marqués, bajaron juntos la escalera. Entonces Adelina se vistió y compuso cuanto sus manos trémulas se lo permitian, y pasó á la pieza inmediata donde halló á la señora La-Motte singularmente sorprendida y espantada.

Entre tanto el Marqués dijo á La-Motte con grande emocion que se acordaba haber dado cita á una persona para muy temprano para negocios importantes, y que por consiguiente era necesario volverse sin demora á su castillo. Mientras que decia esto, y pedia se llamase á sus gentes, La-Motte no pudo menos de notar la palidez cárdena de su rostro, ni de manifestar algun temor de que se hallase indispuesto: el Marqués aseguró que estaba bueno; pero deseó poder salir al momento.

Pedro recibió órdenes para llamar á los demas criados: el Marqués despues de haberse negado á tomar ninguna cosa, se apresuró á despedirse de La-Motte, y apenas sus gentes estuvieron prontas, se alejó de la Abadía.

La-Motte entró en su habitacion como distraido, y meditando en la súbita partida de su huesped, cuya agitacion parecia ser muy fuerte para que proviniese efectivamente de la causa que habia indicado: calmó las inquietudes de su muger; pero al mismo tiempo escitó sus sospechas manifestándola los motivos de la última alarma. Adelina que habia salido del cuarto á la llegada de La-Motte restituyéndose al suyo, miró por su ventana, cuando oyó los pasos de los caballos: este era el Marqués y su comitiva que pasaba entonces á poca distancia: no pudiendo distinguir lo que era, se admiró de ver tanta gente cerca de la Abadía á semejante hora, y habiendo llamado á La-Motte para enterarle de este accidente, supo en fin lo que habia pasado.

Últimamente se fue á acostar, y esta noche no fue interrumpido su sueño por imágenes fantásticas. Por la mañana cuando se levantó, vió á La-Motte que se paseaba solo en la avenida de la Abadía, y se apresuró á aprovechar la ocasion que se la presentaba de defender su causa: se acercó á él con paso trémulo: sus tímidas miradas y su pálido rostro descubrieron el desórden de su alma desde las primeras palabras: sin

entrar en esplicaciones imploró su piedad: La-Motte se detuvo, y la preguntó si alguna parte de su conducta respecto á ella merecia la sospecha que suponia su súplica. Adelina se avergonzó algunos momentos de haber dudado de su probidad; pero las palabras que habia oido se representaron en su memoria.

—"Conozco, dijo, que en vuestra conducta bienhechora y generosa sobre todo, tenia yo derecho de esperar....." Aquí se interrumpió, porque no sabia como hablar de lo que se avergonzaba de creer. La-Motte mirándola con silenciosa atencion, al fin la suplicó prosiguiese y se esplicase. Ella le pidió la protegiese contra su padre. La-Motte manifestó un semblante de sorpresa y de turbacion. —"¡Vuestro padre, dijo!"

—"Si señor, respondió Adelina, no ignoro que ha descubierto mi retiro; tengo que temerlo todo de un padre que me ha tratado con la barbarie de que habeis sido testigo: yo os suplico de nuevo me preserveis de caer en su poder."

La-Motte permaneció absorto en sus reflexiones, y Adelina redobló sus esfuerzos para interesar su piedad. "¿Y qué motivo teneis para suponer; ó mas bien cómo habeis sabido que vuestro padre os busca?" —Esta pregunta desconcertó á Adelina: se avergonzaba de descubrir que habia espiado y oido sus discursos, y no podia resolverse á imaginar ni decir una mentira: en fin confesó la verdad. El semblante de La-Motte tomó de repente un aire feroz y enfurecido; y reconviniéndola con dureza por una conducta que era mas bien la obra de la casualidad que de un designio premeditado, la pregunta qué habia oido para atemorizarse tanto; y ella repitió las frases incoherentes que habian llegado á sus oidos. Mientras hablaba, La-Motte la miraba con la mayor atencion." "¿Es eso lo que habeis oido? ¿Y de estas pocas palabras es de donde sacais una consecuencia tan positiva? Pesadlas bien, y vereis que no la justifican."

Adelina advirtió entonces que la vivacidad de sus temores no la habia en un principio permitido examinar bien; á saber: que estas palabras, tales como las habia oido sin ninguna union entre sí, significaban bien poco, y que su imaginacion habia llenado el vacío de las frases de modo que la presentase las desgracias que temia. No obstante sus temores no se habian calmado. "Vuestro miedo sin duda se habrá disipado,

dijo La-Motte; pero para daros pruebas de mi franqueza, de que os habeis atrevido á sospechar, yo os lo diré todo: manifestais hallaros asustada, y es con razon: vuestro padre ha descubierto el lugar en que residís y os ha reclamado: es cierto que por un motivo de compasion me he negado á entregaros; pero yo no tengo ni el derecho de reteneros, ni los medios de defenderos: cuando venga á pediros él mismo, sin duda os vereis precisada á convenir en ello: preparáos, pues, á una desgracia que es inevitable."

Durante algun tiempo Adelina no pudo espresarse sino por sus lágrimas; al fin, con el valor de la desesperacion dijo. "Me resigno á la voluntad del cielo." La-Motte la miraba en silencio, y su semblante descubria una viva emocion: no obstante se abstuvo de continuar la conversacion, y volvió á la Abadía dejando á Adelina abismada en el dolor.

Llamada para desayunarse, se apresuró en volver á entrar en el salon, donde pasó la misma plática con Madama La-Motte. Ésta la dijo todos sus temores, y la espresó todos sus pesares. Aunque Madama La-Motte parecia muy conmovida del discurso de Adelina,

un consuelo muy superficial era todo lo que podia ofrecerla. Asi corrian tristemente las horas: entre tanto las inquietudes de Adelina se aumentan, y su momento fatal parecia acercarse rápidamente. Apenas se acababa la comida, cuando Adelina se admiró de ver llegar al Marqués. Entró en el cuarto con la franqueza que le era familiar, y escusándose de la incomodidad que habia causado la noche precedente, repitiendo lo que ya habia dicho á La-Motte.

La memoria de la conversacion que Adelina habia escuchado, no dejó de turbarla en un principio, y sumergió su alma en el sentimiento de los males que temia de parte de su padre. El Marqués que siempre conservaba las mismas atenciones para con ella, pareció afectado de su aparente indisposicion, y manifestó tomar mucha parte en el abatimiento que su interior descubria. Á pesar de todos sus esfuerzos cuando la Señora La-Motte se retiró, Adelina quiso seguirla; pero el Marqués la suplicó le concediese un momento de atencion, y la volvió á sentar en su silla. De repente La-Motte desapareció.

Adelina sabia demasiado bien en lo que vendrian á parar los discursos del Marqués,

y sus primeras palabras redoblaron muy luego el desórden en que sus temores la habian puesto. El Marqués principiaba á declararla su pasion con el ardor que muchas veces hace se tome una honesta franqueza: esta declaracion afligia á Adelina; y suponiéndola mal intencionada, la llenaba de horror; por lo cual interrumpió al Marqués, y le dió gracias por el ofrecimiento de una distincion á que pretendia deber negarse; y esto con un tono tan modesto como decidido, levantándose para retirarse. "Permaneced aquí mi amable Adelina, dijo el Marqués; y si ninguna piedad os interesa en mis penas, á lo menos fijad la consideracion en vuestros propios peligros: el señor La-Motte me ha referido vuestras desgracias, y las que os amenazan en el dia: aceptad de mí la proteccion que él no puede daros."

Adelina continuaba en retirarse hácia la puerta; el Marqués se arroja á sus pies, y tomando una mano que besa con ardor, ella forcejea por desprenderse: "escuchadme, encantadora Adelina, escuchadme, esclamó el Marqués: yo no existo sino por vos; rendíos á mis instancias y toda mi fortuna es vuestra: no me reduzcais á la desesperacion por un rigor mal entendido, ó por....."

—"Señor, interrumpió Adelina con un aire de dignidad inesplicable, y aparentando creer siempre sus proposiciones honestas y sinceras: conozco toda la generosidad de vuestro proceder, y me lisonjeo de la distincion que me ofreceis: por esto os diré algo mas de lo que seria necesario con la simple espresion de una negativa en la cual debo insistir: no puedo disponer de mi corazon; no podeis obtener mas que mi estimacion; y nada podrá atraérosla mas que absteniéndoos en lo sucesivo de toda proposicion de esta naturaleza" Se esforzó aun á alejarse; pero el Marqués se lo impidió, y despues de haber dudado algun tiempo, renovó sus solicitudes en unos términos que ella no podia ya dejar de comprender su intencion. Sus ojos se anegaron en lágrimas; pero trató de contenerlas, y con una mirada en que el dolor y la indignacion parecian disputar la energía le dijo. "Señor, esto no merece respuesta; dejadme pasar."

Por un instante se contuvo el Marqués por la dignidad de su accion, y cayó á sus pies para implorar su perdon; pero ella desvió su mano sin decir nada, y salió de la sala. Luego que entró en su cuarto, cerró

la puerta, se arrojó en una silla suspirando y sucumbió á las penas que oprimian su corazon. No era la menor de ellas la de sospechar que La-Motte era indigno de su confianza, por no ser casi posible que ignorase los verdaderos designios del Marqués; y creia que á la señora La-Motte se la habia engañado bajo el pretesto especioso de una pasion honesta, ahorrándola de este modo el dolor de dudar de la delicadeza del Marqués y de su marido.

Adelina arrojó una mirada incierta sobre la perspectiva que la rodeaba: por un lado veia á su padre cuya barbarie estaba ya claramente manifiesta; por otro al Marqués persiguiéndola con el ultrage y con una pasion viciosa que resolvió manifestar á la señora La-Motte en su primera conversacion á fin de inclinarla á su favor y que la protegiese. Enjugó sus lágrimas, é iba á salir de la habitacion justamente, cuando la misma señora entró en ella. Mientras que Adelina contaba lo que habia pasado, su amiga lloraba, y parecia esperimentar una grande agitacion: se esforzó en tranquilizar á Adelina, á la que prometió servirse de su influencia para persuadir á La-Motte que impidiese al Marqués renovase

sus proposiciones. "Ya sabeis mi buena amiga, añadió la señora La-Motte, que nuestra actual situacion nos obliga á tener ciertas consideraciones con el Marqués; y asi hareis bien en demostrar el menor resentimiento posible en vuestras acciones contra él: comportáos á su vista con aquel placer ordinario que acostumbrais, y no dudo que todo esto pase."

-- "¡Ah señora! dijo Adelina; ¡qué carga tan dificil me imponeis! Os pido de nuevo no permitais que me vea espuesta á la humillacion de hallarme en su presencia: siempre que venga á la Abadía permitid que yo no salga de mi cuarto."

-- "Yo consentiria en esto con todo mi corazon, dijo Madama La-Motte, si nuestra posicion lo permitiese; pero sabeis que el asilo que hallamos en esta Abadía depende de la benevolencia del Marqués: benevolencia que no debemos arriesgar con ligereza; y ciertamente la conducta que os proponeis nos haria correr este riesgo: tomemos medidas mas suaves, y conservemos su amistad sin esponernos á algun peligro inminente: manifestáos con vuestra complacencia ordinaria, pues la carga que teneis por tan insoportable, no lo es tanto como imaginais."

Adelina suspiró: "os obedezco, señora, la dijo: es un deber mio el hacerlo; pero me perdonareis que os diga..... que lo hago con repugnancia." La señora La-Motte prometió ir á buscar á su marido al momento, y Adelina se retiró no convencida de que nada tenia que temer, sino algun tanto mas tranquila.

Muy luego vió partir al Marqués. Como ya entonces nada parecia oponerse á la vuelta de la señora La-Motte, Adelina la esperaba con impaciencia. Despues de haber permanecido así cerca de una hora en su cuarto, se la envió recado para que bajase al salon. Bajó con efecto, donde encontró á La-Motte solo. Al acercarse ella, éste se levantó y paseó durante algunos minutos sin hablarla; despues se sentó, y dirigiéndola la palabra, dijo: "lo que habeis contado á mi muger me inquietaria muy poco si viese la conducta del Marqués bajo el punto de vista que ella la considera: sé que las jóvenes siempre estan dispuestas á interpretar mal la insignificante galantería de las gentes de mundo, y vos Adelina jamás podreis poner demasiada atencion en distinguir una ligereza de este género de un requerimiento amoroso mas sério."

Adelina se sorprendió y se ofendió de que La-Motte pudiese apreciar su inteligencia y sus disposiciones tan ligeramente como lo suponia en este discurso. "¿Es posible, señor, le dijo, que os halleis informado de la conducta del Marqués?" —"Es muy posible, muy seguro, respondió con un poco de sequedad; es tan posible, que veo este negocio con un juicio menos engañado que el vuestro por la prevencion: de cualquier modo que sea yo no disputaré sobre este punto; solamente os pediré que pues conoceis los peligros de mi situacion, os conformeis á todo y no os espongais por un resentimiento fuera de tiempo al enojo del Marqués: ahora es mi amigo, y por mi seguridad es necesario que continue siéndolo; pero si permito que alguno de mi familia le trate con grosería, debo esperar verle constituirse en enemigo: os es demasiado fácil tener ciertas consideraciones con él."

Adelina encontró bien dura la palabra *groseria* en el sentido que la tomaba La-Motte; pero se abstuvo de toda espresion de descontento.

—"Habria deseado, señor, le dijo, tener el derecho de retirarme luego que el Marqués apareciese; pero pues pensais que

esta conducta puede comprometer vuestros intereses, debo resignarme."

—"Esa prudencia y docilidad me enagenan, dijo La-Motte; y ya que deseais serme útil, sabed que no podeis conseguirlo de otro modo que tratando á este señor como un amigo. La espresion *amigo* unida á la idea del Marqués, formó una disonancia muy terrible en el oido de Adelina: dudó algun tiempo y miró á La-Motte. Por la cualidad de vuestro amigo me esforzaré á tratarle....." hubiera querido decir *como mio;* pero la fue imposible concluir la frase. En seguida imploró su proteccion contra la autoridad de su padre.

—"Contad con toda la proteccion que pueda daros; pero ya sabeis cuán desnudo me hallo del derecho y de los medios para resistirle: pues que ha descubierto vuestro retiro, no ignora probablemente las circunstancias que aquí me retienen, y si me opongo á sus designios puede creer que el mejor camino para apoderarse de vos, es descubrir á los ministros de justicia donde yo resido, en términos que no pueda encontrar ningun medio de sustraerme á ellos.—"

—"Dejad esta Abadía, dijo Adelina,

y buscad un asilo en Suiza ó en Alemania; y entonces os vereis libre del Marqués y de la persecucion que temeis: perdonad que yo os dé un consejo que sin duda me ha inspirado hasta cierto punto el deseo de mi propia seguridad pero que al mismo tiempo parece ofreceros los únicos medios de consolidar la vuestra."

—"Vuestro plan seria muy justo y razonable si yo tuviese medios para ejecutarle; pero ahora solo debo limitarlo á permanecer aquí tan ignorado cuanto me sea posible, haciéndome amigo de cuantos me conocen: sobre todo debo conservar el favor del Marqués, que podria hacer mucho si vuestro padre llegase á intentar los medios de la fuerza contra vos: ¿pero qué digo? vuestro padre quizá ha venido ya, y acaso los efectos de su venganza están suspendidos sobre mi cabeza: me hallo espuesto, Adelina, á ellos por el interés que muestro con vos; si os hubiese entregado en sus manos ningun motivo tendria de temor."

Esta prueba de afecto de La-Motte, de que podia muy bien dudar Adelina, la penetró tan vivamente que la fue imposible espresar al pronto sus sentimientos; mas luego que pudo hablar manifestó su recono-

cimiento en los términos mas animados.

—"¿Son sinceras esas espresiones, dijo La-Motte?"

—"¿Es posible que yo no diga verdad, replicó Adelina llorando, y que se me tache de ingrata?"

—"Es fácil dijo La-Motte pronunciar un sentimiento que no salga del corazon: yo no creo en la sinceridad sino cuando influye sobre nuestras acciones."

—"¿Qué pretendeis, dijo Adelina con sorpresa?"

—"Pretendo preguntar si en el caso de que se presentase la ocasion de acreditarme tambien vuestro reconocimiento, seríais fiel á esos sentimientos que manifestais."

—"Indicadme una que yo no me apresure á probarlo, dijo Adelina con energía."

—"Por ejemplo, si el Marqués en lo sucesivo os declarase su pasion séria y formalmente y os ofreciese su mano, ¿haria algun ligero resentimiento, alguna preocupacion secreta por un amante mas feliz, que os negáseis á aceptarla?"

Adelina se avergonzó, y bajó los ojos al suelo. "Habeis en efecto indicado la única ocasion en que me negaria á probar mi sinceridad: jamás puedo amar al Marqués ni aun estimarle, si os he de hablar con franqueza confieso que el reposo de una vida entera es un gran sacrificio aun para el reconocimiento."

La-Motte manifestó su descontento. —"Bien lo habia previsto, dijo: estos sentimientos delicados figuran maravillosamente en los discursos y hacen sumamente amable á la persona que los espresa; pero poniéndolos en las pruebas de accion, se evaporan como el humo y no dejan trás de sí mas que el naufragio de la vanidad."

Este injusto sarcasmo hizo salir las lágrimas á los ojos de Adelina. "Pues que vuestra seguridad, señor, depende de mi conducta, dijo, volvedme á mi padre: consiento en ir con él, pues que mi morada aquí debe sumergiros en nuevas desgracias: permitid que no me muestre indigna de la proteccion que he hallado hasta ahora, prefiriendo mi bien estar al vuestro: despues que haya partido, ya no tendreis ningun motivo de temor de parte del Marqués, ni el descontento, al cual probablemente os vereis espuesto si permaneciese aquí, porque conozco me es imposible escuchar las pretensiones del Marqués por muy honestas

que puedan ser sus miras." La-Motte pareció lleno de terror á este discurso. "Esto no será así: no nos fatiguemos en representarnos como posibles unas desgracias que solo trataríamos en seguida de evitar, precipitándonos en desventuras ciertas. No, Adelina, aunque esteis pronta á sacrificaros á mi seguridad jamás lo consentiré; no os volveré á vuestro padre á menos que no me vea precisado á ello: estad tranquila sobre este punto: todo lo que os pido en recompensa es que os conduzcais con alguna dulzura con el Marqués."

—"Yo trataré de obedeceros, señor, dijo Adelina." En este momento Madama La-Motte entró en el salon y se acabó este diálogo. Adelina pasó toda la tarde en tristes reflexiones, y se retiró lo mas pronto posible á su cuarto, deseando buscar en brazos del sueño un asilo contra sus pesares.

CAPITULO CUARTO.

El manuscrito que Adelina habia hallado la noche precedente se representó muchas veces á su memoria durante el dia; pero entónces se hallaba demasiado interesada en las circunstancias del momento, habiendo tenido bastante temor de que se la interrumpiese, para que tratase de leerle; y asi le tomó de donde le habia dejado y se sentó al lado de la cama únicamente con la intencion de recorrer algunas de las primeras páginas.

Le abrió con una curiosidad impaciente, que lo descolorido ó mas bien lo borrado de la tinta la impedia satisfacer como quisiera.

Las primeras palabras de la página se habian enteramente perdido; pero las que parecia principiaban la relacion estaban concebidas en estos términos:

"Ó vos, cualquiera que seais, á quien la casualidad ó el infortunio puede algun dia conducir á este sitio..... á vos me di-

rijo..... á vos revelo mis ultrajes..... á vos pido venganza de ellos..... ¡vana esperanza! Sin embargo, hallo consuelo en creer que lo que ahora escribo podrá caer algun dia en manos de mis semejantes, y que algun dia las palabras que espresan mis padecimientos podrán mover la piedad de algun corazon sensible."

"Pero contened vuestras lágrimas..... vuestra piedad es ahora supérflua, y hace largo tiempo que las angustias de la miseria han cesado: hace largo tiempo que el grito del dolor ha dejado de oirse: es una debilidad el desear ya una compasion que no puede escitarse sino despues que yo haya dormido en el seno de la muerte, y cuando principie, segun espero, á gozar de la felicidad eterna.

Sabed pues que la noche del 8 de octubre de 1642 fuí arrestado en la calle de Caux por cuatro malvados que, despues de haber desarmado á mi criado, me arrastraron por medio de los bosques y de lugares desiertos á esta Abadía: su conducta no era la de los bandidos ordinarios, y bien pronto descubrí que solo obraban por mandato de un agente superior para cumplir algun horrible proyecto. Ninguna súplica, ninguna recompensa pudo obligarles á descubrirme quién era el que les empleaba, ni á separarse de su plan. No quisieron revelar ni aun la menor circunstancia de sus intenciones.

"Pero despues de un largo camino llegaron á este edificio; muy luego descubrieron su pérfido comitente y me dieron á conocer un horrible complot. ¡Ah qué momento! Todos los rayos del cielo parecian lanzados sobre esta cabeza sin defensa. ¡Ó valor! Da á mi corazon la fuerza de....."

La luz de Adelina espiraba entonces en el candelero; la tinta era tan pálida, y tan confusa la escritura, que hizo vanos esfuerzos para distinguir los caracteres. No podia proporcionarse otra luz sin descubrir que aun no se habia acostado; circunstancia que habria escitado la admiracion y conducido á esplicaciones en que no deseaba entrar. Obligada á suspender un exámen, al cual daba un interés tan terrible el concurso de tantas circunstancias, se retiró á su humilde lecho.

Lo que habia leido del manuscrito la llenó de una horrorosa curiosidad, uniéndose á la suerte de su autor, y presentán-

dose á su alma imágenes espantosas. "En estos aposentos dijo....." Se estremeció, cerró los ojos, y en fin oyó á la señora La-Motte que entraba en su cuarto; y principiando á disiparse las fantasmas del terror, la permitieron tomar algun descanso. Por la mañana la despertó Madama La-Motte, y reconoció con gran dolor que habia escedido de tal modo la duracion ordinaria de su sueño, que ya no era posible seguir la lectura del manuscrito..... La-Motte regularmente se manifestaba sombrío, y su muger tenia un aire de tristeza que Adelina atribuía al interés que tomaba en su suerte. Apenas se concluyó el desayuno cuando un ruido de caballos anunció la llegada de un estrangero, y Adelina por una ventana de la sala vió echar pie á tierra al Marqués. Se retiró precipitadamente olvidando la súplica de La-Motte y corria á su cuarto; pero el Marqués habiendo ya entrado en la sala y viendo que salia de ella, se volvió hácia La-Motte en ademan de examinarle: La-Motte la llamó; y por una mirada demasiado inteligible la hizo acordarse de su promesa. Adelina recogió todas sus fuerzas, lo que no la impidió sin embargo demostrar

al acercarse toda la emocion que esperimentaba mientras que el Marqués la dirigia la palabra, como de costumbre, siempre con la misma alegría en su semblante, y siempre con la misma oficiosidad en sus acciones.

Adelina se sorprendió y aun se ofendió de esta especie de confianza afectada, que despertando mas y mas su orgullo, la imprimió un aire de dignidad que desconcertó al Marqués. Hablaba éste como dudando, y muchas veces parecia no estar en la conversacion. Al fin se levanta y suplica á Adelina le conceda un momento de conversacion: los señores La-Motte salian del cuarto cuando Adelina, volviéndose al Marqués, le dijo: que nada queria oir sino en presencia de sus amigos; pero en vano lo dijo, porque ya estos habian salido, y La-Motte al retirarse espresó con sus miradas cuanto le desagradaria si trataba de seguirle.

Permaneció algun tiempo en silencio, y en una temerosa esperanza. "Veo, dijo al fin el Marqués, que la conducta indiscreta á la cual el esceso de mi amor ha podido conducirme últimamente, me ha caracterizado muy mal en vuestra opinion

y que no me volvereis con facilidad vuestra estimacion; pero me lisonjeo que el ofrecimiento que ahora os hago de mi título y de mi fortuna ha de probaros bastante la sinceridad de mi pasion, y ha de espiar bastante una falta que solo inspira el amor."

Despues de hacer ostentacion de varios lugares muy comunes de verbosidad y de elocuencia, que el Marqués parecia mirar como el preludio de su triunfo, trató de besar la mano de Adelina; pero ésta retirándola prontamente le dijo. "Señor, conoceis ya demasiado mis sentimientos sobre este artículo, y es por demas el que os repita que no puedo ceder al honor que me ofreceis."

-- "Esplicaos, amable Adelina: no creo haberos hecho este ofrecimiento hasta ahora."

-- "Teneis razon, señor, dijo Adelina, y haceis bien en recordarlo; porque despues de haber oido vuestra primera proposicion, no sé cómo he podido escuchar otra un solo momento." Al decir esto se levantó para salir de la habitacion. "Deteneos, señorita, dijo el Marqués con una mirada que el orgullo ofendido trataba de ocultar: no

permitais que un despecho insensato obre contra vuestros intereses: acordaos de los peligros que os rodean, y pensad en el valor de una oferta que á lo menos puede proporcionaros un asilo honroso."

-- "Cualesquiera que sean mis infortunios jamás os he molestado con ellos; y me perdonareis, que os haga presente que la mencion que haceis ahora de estos mismos infortunios tiene mas bien la apariencia del insulto que de la piedad."

El Marqués, á pesar de su turbacion tan manifiesta, estaba á punto de responderla; pero Adelina se negó á oirle y á detenerse, y se retiró á su cuarto. A pesar de lo cansada que estaba y de lo abandonada que se veia de todo el mundo, su corazon se conmovió con la proposicion del Marqués, y resolvió no aceptarla jamás. Es cierto que á la repugnancia que tenia por su carácter general, y á la aversion que la habia escitado el ofrecimiento de su mano se reunia la memoria de una pasion y de un amor primero que no podia apartar de su corazon.

El Marqués se quedó á comer; y por respeto á La-Motte Adelina se puso á la mesa. Durante la comida el primero la miraba

en silencio con una atencion tan frecuente, que su disgusto vino á hacérsela insoportable, y así luego que los manteles se levantaron al momento se retiró. La señora La-Motte la siguió; y por lo mismo no pudo hasta la noche tener un momento para volver á leer su manuscrito. Cuando los señores La-Motte estuvieron en su cuarto y todo parecia tranquilo, tomó el legajo, y despues de haber atizado la luz leyó lo que sigue.

"Los malvados me bajaron del caballo y me condujeron por la sala á la escalera de caracol de la Abadía: la resistencia era inútil; pero yo miraba en derredor de mí con la esperanza de ver alguna persona menos dura que los hombres que me habian conducido; un ser que fuese sensible á la piedad, ó á lo menos capaz de alguna consideracion; en vano le busqué: nadie pareció, y esta circunstancia confirmó mas mis horrorosos temores: todo paraba en un misterio que presagiaba una horrible catástrofe. Despues de haber pasado algunos aposentos se detuvieron en uno que estaba colgado con una vieja tapicería. Pregunté por qué íbamos mas adelante, y se me respondió que bien pronto lo veria.

"En este momento esperaba ver levantarse sobre mí el instrumento mortal, y en silencio me encomendé á Dios; pero todavía no era el instante señalado para mi muerte: alzaron la tapicería bajo la cual estaba una puerta que abrieron, y asiéndome por el brazo me condujeron á una série de aposentos horrorosos. Habiendo llegado al último volvieron á detenerse: la horrible obscuridad del sitio parecia simpatizar con el asesinato, é inspiraba ideas de muerte: yo miraba de nuevo por si veia el instrumento de mi suplicio; pero aun tuve un plazo: pedí por favor se me dijese lo que se me preparaba, porque ya entonces no tenia necesidad de preguntar quién era el autor de esta trama. No respondieron á mi pregunta; pero me dijeron que este cuarto era mi habitacion. Despues de haberme dejado una vasija con agua salieron de la habitacion y oí echar el cerrojo de la puerta.

"¡Ó ruido de la desesperacion! ¡ó momentos de angustia indecible! La agonía de la muerte no es ciertamente mas dolorosa que la que yo esperimenté entonces. Privado de la luz, de mis amigos, de la vida (porque yo preveía mi suerte) en la flor

de mis años; entregado á la imaginacion de horrores mas terribles quizá que todos los que la certidumbre puede producir..... yo sucumbo á....."

Aquí muchas páginas del manuscrito estaban de tal modo maltratadas por la humedad, que eran absolutamente ilegibles, y la costó mucho trabajo el descifrar las líneas siguientes.

"Ya he pasado tres dias en la soledad y el silencio: los horrores de la muerte siempre están presentes á mis ojos: tratemos de prepararnos á este trance terrible: cuando me despierte por la mañana creo que no viviré bastante para ver la noche próxima; y cuando llegue esta yo no abriré los ojos para ver la mañana siguiente. ¿Por qué se me ha conducido á este sitio?..... ¿por qué estoy tan cruelmente aprisionado? ¡para morir! ¿Qué accion de mi vida ha merecido este trato de parte de uno de mis semejantes? ..... de. . . . . .

"¡Ó hijos mios! ¡ó amigos mios! No os volveré á ver: ya no recibiré de vosotros una mirada; la despedida de la ternura..... No os bendeciré mas al dejaros: ¡Ah! ¡no conoceis mi suerte miserable!..... ¡Ay de mí! Os es imposible saberla y me creeis

feliz, pues á no ser así volariais á mi socorro. Sé bien que lo que escribo no puede servir á nadie; pero es un consuelo el exhalar á lo menos mis dolores, y bendigo á este hombre menos bárbaro que sus compañeros que me ha proporcionado los medios para poder describirlos. ¡Ay de mí! Sabe demasiado bien que nada tiene que temer por su condescendencia: mi pluma no puede llamar á ningun amigo á mi socorro, ni revelarle mi peligro antes de que ya no sea tiempo. ¡Oh vosotros los que en algun dia vengais quizá á leer lo que ahora escribo, dad una lágrima siquiera á mis penas; yo he llorado muchas veces por las de mis semejantes."

Adelina se detuvo aquí. El desgraciado escritor llamaba directamente á su corazon; hablaba con la energía de la verdad, y por un anticipado prestigio de su imaginacion la relacion de sus penas pasadas parecia reproducirlas como presentes. No pudo por algun tiempo continuar, y permaneció sumida en una profunda y triste meditacion. "En estos mismos aposentos, dijo, esta pobre víctima estaba encerrada..... Aquí es donde él....." Adelina se estremeció y creyó oir ruido; pero nada turbaba la calma de

la obscuridad. "En estos mismos aposentos, dijo, se escribieron estas líneas..... estas líneas de que entonces sacaba el infeliz un consuelo, figurándosele que algun dia serian leidas por ojos compasivos: este dia ha llegado. ¡Ser desgraciado! vuestras miserias son lloradas en el mismo sitio en que las habeis sufrido: aquí padeciais: aquí lloro yo por vuestras penas."

Su imaginacion estaba entonces vivamente conmovida, y las ilusiones de una mente estraviada se presentaban á sus sentidos turbados con toda la fuerza de la realidad. Volvió á estremecerse: prestó el oido y creyó oir: *aquí*, repetido por lo bajo, detrás de ella y muy cerca: sin embargo, el terror de esta idea fue pasagero porque conoció que cualquiera otra cosa era imposible. Convencida del error de su imaginacion tomó el manuscrito y continuó su lectura.

"¿Á qué estoy reservado? ¿para qué este retardo? Si debo morir..... ¿por qué no es ahora? Ya he pasado tres semanas entre estas paredes sin que una mirada de piedad haya suavizado mis aflicciones, sin que otra voz que la mia haya llegado á mis oidos: el semblante de los malvados que me

rodean es inflexible; su taciturnidad obstinada. ¡Cuán terrible es este silencio! ¡Ó vosotros que sabeis vivir en lo profundo de la soledad, que habeis pasado vuestros horrorosos dias sin haberlos alegrado con ninguna voz humana; vosotros solos podeis decir lo que esperimento, y vosotros solos podeis saber todo lo que padeceria por oir los acentos de una voz humana!"

"¡Ó dura estremidad! ¡Ó muerte en vida! ¡Qué horroroso silencio! Alrededor de mí todo es muerte; y yo ¿existo en realidad, ó no soy mas que un mármol? ¿Es acaso un sueño? ¿Es todo esto verdad? ¡Ay de mí! Yo me pierdo. — ¡Este silencio mortal y sin fin! — ¡Esta horrorosa habitacion! — El temor de nuevos tormentos han estraviado mi imaginacion. ¿Dónde está el seno de un amigo para descansar en él mi cabeza? ¿El cordial de algun acento para vivificar mi alma?.....
.....
.....
.....

Escribo á escondidas: tiemblo que el que me ha proporcionado los medios de hacerlo haya sido castigado, porque ha mani-

festado algunas señales de piedad hácia mi suerte: no le he visto hace muchos dias; quizá estaba resuelto á socorrerme; quizá se le impide por esta razon el venir aquí. ¡Ó qué esperanza! ¡Pero cuán vana es! No, yo no debo dejar estas paredes en mi vida. Otro dia ha venido y aun respiro: mañana por la noche á estas horas mis penas quizá estarán ya sepultadas en el silencio de la muerte. Continuaré mi diario durante la noche, hasta que la mano que le escribe sea detenida por la muerte: cuando sea interrumpido este diario, el lector sabrá que ya no existo: quizá estas líneas son las últimas que trazo para siempre."....

.....

Adelina se detuvo vertiendo un torrente de lágrimas. "¡Ah desgraciado! esclamó: ¿Y no hubo una alma piadosa que te salvase? ¡Gran Dios! Tus miras son incomprehensibles." Continuaba meditando; su imaginacion que se estraviaba en las regiones del terror, triunfó sin embargo por grados de su razon. Tenia delante de sí un espejo sobre la mesa y temblaba fijar los ojos en él, temerosa de que no se ofreciese á su vista otra figura que la

suya. Otras horrorosas ideas, otras imágenes fantásticas se agolpaban entonces en su pensamiento. Estando en tales reflexiones creyó oir cerca de sí un profundo gemido. "¡Virgen santa, protegedme! esclamó arrojando una mirada llena de terror por toda la habitacion: aquí hay algo mas que la imaginacion." Sus temores la dominaban de tal modo, que estuvo muchas veces tentada de llamar á la familia; pero se contuvo por su repugnancia á inquietarla, y por el temor de ponerse en ridículo. No se atrevia tampoco á menearse ni casi á respirar: prestando el oido al viento que susurraba en la ventana de su habitaciou solitaria, creyó oir otro suspiro, y su imaginacion se negó á someterse ya por mas largo tiempo á su razon: volvió la cabeza, y vió una figura que, en lo que podia distinguir exactamente, parecia atravesar una parte obscura del cuarto. Un horrible temblor la acometió y permaneció inmóvil sobre su silla: al fin un largo suspiro alivió un poco su ánimo oprimido, y volvió en su acuerdo.

Permaneciendo todo tranquilo, principió despues de algunos momentos á examinar si su imaginacion la habia engaña-

do, y al cabo se hizo dueña de su terror para no llamar á Madama La-Motte: no obstante su alma estaba tan turbada que en toda la noche se atrevió á tomar el manuscrito, y despues de haber pasado algun tiempo en oracion y en calmar sus sentidos, se acostó. Cuando despertó por la mañana los débiles rayos del sol que pasaban al través de la ventana, disiparon las ilusiones de la obscuridad: su alma tranquila y reanimada por el sueño, desechó las supersticiosas y turbulentas quimeras de la imaginacion: se levantó animosa y dando gracias al cielo; pero al bajar para el desayuno esta calma se desvaneció á la vista del Marqués, cuyas frecuentes visitas despues de lo que habia pasado, no solamente la desagradaban, sino que la causaban muchos temores. Vió que estaba resuelto á continuar obsequiándola; la desvergüenza y la insensibilidad de éste, escitando su indignacion, aumentaba su repugnancia. Por piedad hacia La-Motte, se esforzaba en ocultar sus sensaciones, aunque creia por entonces que habia exigido demasiado de su condescendencia, y aunque principiase seriamente á meditar el modo con que podria sus-

traerse á la necesidad de conservarle las mismas consideraciones. El Marqués usó con ella las atenciones mas respetuosas; pero Adelina guardó silencio, fue muy reservada y se aprovechó de la primera ocasion que se presentó para retirarse.

Al pasar por la escalera de caracol, Pedro entró en la sala de abajo, y viendo á Adelina, se detuvo y la miró con cierta ternura. Ella no lo notaba; pero Pedro la llamó en voz baja, y entonces vió que la hacia señas como si tuviese alguna cosa que comunicarla. Al mismo tiempo abrió La-Motte la puerta de la habitacion embovedada y Pedro desapareció al punto. Subió Adelina á su cuarto pensando en la seña y el ademan de precaucion de que Pedro la habia acompañado.

Pero sus pensamientos volvieron luego á su objeto acostumbrado. Ya habian pasado tres dias y no oia hablar de su padre; por lo que comenzó á creer que habia abandonado las medidas violentas que La-Motte la habia hecho preveer, y que queria seguir un plan mas moderado; pero cuando reflexionaba sobre su carácter, ésto no la parecia probable, y volvia de nuevo á sus primeros temores. La perse-

verancia del Marqués y la conducta que La-Motte la obligaba á tener con él, la hacian muy penosa su mansion en la Abadía, y sin embargo no podia pensar sin horror en salir de ella para volver con su padre.

La imágen de Teodoro entraba muchas veces en sus pensamientos tumultuosos, y mezclaba en ellos una angustia ocasionada por su estraña partida. Tenia cierto presentimiento confuso de que su suerte estaba unida á la suya en algun modo, y todos sus esfuerzos para alejarle de su memoria solo servian para acreditarla los progresos que habia hecho en su corazon.

Para distraerse de estos objetos y satisfacer una curiosidad tan vivamente escitada la noche precedente, volvió á tomar el manuscrito; pero al momento de abrirle se lo impidió la llegada de Madama La-Motte que venia á decirla que el Marqués habia partido. Pasaron juntas toda la mañana; trabajaron y conversaron sobre cosas indiferentes. La-Motte no pareció hasta la comida: durante ella habló poco y Adelina menos: sin embargo ésta le preguntó si tenia noticias de su padre. «Ninguna, dijo La-Motte; pero por lo que me ha dicho el Marqués tengo demasiados motivos para creer que no se halle muy lejos de aquí.»

Adelina se estremeció; pero tuvo valor para responder con una firmeza aparente. «Señor, hace largo tiempo que estais envuelto en mis infortunios, y veo que en el dia mi resistencia os perderia tal vez sin sacar ventaja alguna: y así os pido, pues, el permiso de volver con mi padre, y evitaros de este modo nuevas desgracias.

— «Es un partido muy inconsiderado respondió La-Motte: si insistis en él, temo que os arrepintais cruelmente bien pronto: os hablo como amigo, Adelina, y deseo que me escucheis sin prevencion: veo que el Marqués os ofrece su mano y no sé lo que debe sorprenderme mas; esto es, que un hombre de este rango y de su importancia haga la súplica á una persona sin fortuna y sin relaciones señaladas; ó que esta persona pueda por un momento desechar la ventaja que se la presenta: ¿Llorais Adelina? Permitidme esperar que estais convencida de cuán absurda es semejante conducta, y que no os burlareis

de vuestra felicidad : la ternura que os he mostrado, os ha probado cuanto me intereso en vos, y que dándoos este consejo no tengo otra mira que vuestro bien: sin embargo, debo decíroslo : aun cuando vuestro padre no insistiese en sacaros de aquí, no sé cuanto tiempo me permitiria mi posicion proporcionaros los débiles recursos que recibis. ¿Guardais todavía silencio ? "

La pena que hizo esperimentar á Adelina este discurso la impidió hablar y continuaba llorando ; mas al fin dijo. " Permitid, señor, que yo vuelva con mi padre : sería ciertamente reconocer muy mal las bondades de que me hablais, si quisiese permanecer aquí por mas tiempo despues de lo que acabais de decirme : en cuanto á la mano del Marqués conozco que me es imposible aceptarla. " La memoria de Teodoro se renovó entonces en su alma, y sus lágrimas se aumentaron.

La-Motte quedó algun tiempo suspenso. " ¡ Estraña ceguedad ! dijo : ¿ podeis insistir en ese heroismo romanesco y preferir un padre tan bárbaro como el vuestro al marqués de Montalto, y una suerte tan llena de peligros á una vida llena de magnificencia y de delicias ? "

— " Perdonadme, señor, dijo Adelina; un matrimonio con el Marqués sería ciertamente magnífico, pero jamás feliz : su carácter escita mi aversion, y os suplico que no me volvais á hablar mas de él. "

CAPITULO QUINTO.

La conversacion que hemos referido en el capítulo precedente fue interrumpida por la llegada de Pedro, que al salir de la habitacion miró á Adelina, y con el mayor disimulo la volvió á hacer una seña: ésta se hallaba muy inquieta por saber lo que la queria y pasó muy luego á la sala donde le halló sin darse priesa para alejarse. Apenas la descubrió, la hizo señas que nada dijese y le siguiera á un rincon. "Y bien Pedro, le dijo ella, ¿qué teneis que decirme? -- Chito señorita; por el amor de Dios hablad bajo; si se nos escuchase seríamos perdidos."

Adelina le rogó se esplicase: "¡Ah señorita! Ésto es lo que tengo en la idea todo el dia y no he cesado de espiar el momento de decirlo: he mirado y vuelto á mirar tanto, que temí que mi amo no lo percibiese; pero en vano he querido hacerlo; no habeis querido oirme."

Adelina le suplicó se esplicase pronto.

-- "Sí señorita; tengo tanto miedo

de que se nos escuche.....; pero nada hay que yo no haga por una tan buena señorita como vos; porque no podria pensar en el peligro que os amenaza sin hablaros de él."

-- "Por Dios, dijo Adelina; despachad, sin lo cual seremos interrumpidos."

-- "Pues bien..... pero es menester que me jureis por la Vírgen Santísima que jamás direis que soy yo el que os lo ha dicho; porque mi amo me....."

-- "Yo lo juro, lo juro, dijo Adelina."

-- "Pues bien..... El lunes por la noche como yo..... cuidado, ¿no he oido pasos? Señorita, alejaos pronto por esa galería; no querria por todo cuanto hay en el mundo que se nos descubriese: voy á salir á la puerta de la sala, y vos volvereis á la galería; por todo cuanto hay en el mundo, no quisiera que se nos descubriese."

Adelina aterrada con este discurso de Pedro, se apresuró á dirigirse hácia la galería, y Pedro volvió á parecer de allí á pocos instantes, y mirando con precaucion á todas partes, volvió á hablar de esta suerte. "Como os decia, pues, señorita, el lunes por la noche que el Mar-

qués se quedó á dormir, ya sabeis que él no se acostó hasta muy tarde, y creo quizá adivinar la razon de ésto: han pasado cosas muy estraordinarias; pero no es esto lo que yo pienso deciros."

—"Acabad; vamos al caso, os ruego, dijo Adelina con impaciencia. ¿Qué peligro es el que me amenaza? Despachaos, y sino seremos descubiertos."

—"¡Un gran peligro, señorita! ¡Si lo supiéseis todo! Y aun cuando lo supiéseis, ¿de qué serviria sino hay medios para poderos sacar de él? Pero yo no hago á dos caras; he resuelto decíroslo, aun cuando deba arrepentirme despues."

—"Yo creo que mas bien habeis resuelto no decírmelo, porque no habeis adelantado siquiera un paso; pero esplicaos: hablábais del Marqués."

—"Silencio, señorita, no hableis tan alto. El Marqués, como iba diciendo, se ha acostado muy tarde; mi amo ha permanecido en vela con él; el uno de sus criados ha venido á dormir conmigo en el cuarto enmaderado; y el otro habia quedado para desnudar á su amo. Tan luego como estuvimos juntos ambos..... Señor, tened piedad de mí, porque se me herizan

los cabellos; aun tiemblo: tan pronto como estuvimos sentados ambos.....; pero por mi vida he aquí á mi amo que le he visto allí al través de los árboles: si me ve somos perdidos: ..... yo os diré el resto en otra ocasion."

Á estas palabras corrió á la Abadía, dejando á Adelina en un estado inesplicable de temor y de pesar, y fue á pasearse á la Selva pensando en el discurso de Pedro, y esforzándose á adivinar cuál era el objeto de él. Madama La-Motte se reunió entonces con ella y ambas se hablaron de cosas diversas hasta que volvieron á entrar en la Abadía.

Adelina buscó en vano en todo el dia la ocasion de hablar á Pedro, y á la cena, mientras que servia le miraba á la cara de tiempo en tiempo con inquietud, esperando que podria descubrir en ella alguna cosa del objeto de sus temores. Cuando se retiró Madama La-Motte la acompañó á su cuarto y continuó hablando con ella largo tiempo, de modo que no halló medio de hablar á Pedro en particular. — La señora La-Motte parecia hallarse afectada de algun gran pesar; Adelina lo percibió y la suplicó la dijese la causa de su tristeza; mas

las lágrimas vinieron á sus ojos, y salió con prontitud del cuarto.

Esta conducta de Madama La-Motte tenia cierta conexion con el discurso de Pedro para atemorizar á Adelina: permaneció en su cama absorta en sus reflexiones y no salió de ella hasta que el sonido del relox que estaba en el cuarto de arriba la hizo contar las doce de la noche. Se preparaba á descansar, cuando volviendo á tomar el manuscrito la fue imposible pasar la noche sin leerle. Las primeras palabras que pudo distinguir eran las siguientes.

"Vuelvo á este triste consuelo. — Se me ha prometido ver aun otro dia; ahora es media noche: una lámpara solitaria luce á mi lado: el momento es terrible; pero para mí el silencio de medio dia es como el silencio de la media noche; no se diferencia sino por una obscuridad mas profunda; las horas diurnas, horas invariables, solo se cuentan por mis tormentos; ¡gran Dios! ¿Cuándo deben acabar?. . . . . .

. . . . . .

"¿Pero para qué esta estraña detencion? Jamás le ofendí: si se me destina á la muerte, ¿por qué este retardo, y para

qué se me ha conducido aquí sino para morir? ¡Esta Abadía!..... ¡Ay de mí!..... En este lugar el manuscrito estaba ilegible, y en muchas páginas de las que seguian Adelina no pudo sacar sino frases sueltas."

"¡Ó cáliz amargo! ¿cuándo pues, cuándo hallaré yo el descanso? ¡Ó amigos mios! volad á mi socorro: ninguno me vengará de mis tormentos; y cuando llegue este caso será demasiado tarde. — Cuando yo haya desaparecido para siempre entonces quizá tratareis de vengarme. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

"Aun ha venido esta noche para mí: aun he pasado un dia en la soledad y en el sentimiento: he subido con el objeto de asomarme á la ventana á fin de que el aspecto de la naturaleza diese algun consuelo á mi alma y me suministrase luz para suavizar mis aflicciones; pero ¡ay de mí! ¿Por qué este débil consuelo se me ha negado? La ventana da sobre una parte interior de la Abadía, y no recibe mas que una porcion de luz que jamás debo ver totalmente. Esta noche, ¡ah! esta noche." . . .

. . . . . .

Adelina se estremeció de horror: tem-

blaba leer la frase siguiente; pero la curiosidad la escitaba á proseguir: no se atreve; un terror indecible se apodera de ella. "Algun horrible crímen esclama, se ha consumado en estos sitios: la relacion de los vecinos del pueblo inmediato es verdadera: sin duda se ha cometido aquí un asesinato." Esta idea la hace estremecer. De repente se acuerda del puñal que habia tropezado en sus pies en las habitaciones ocultas, y esta circunstancia sirve para confirmarla en sus mas terribles congeturas. Deseó examinar este puñal; pero estaba en una de estas habitaciones y temblaba solo de pensar en ir á buscarle.

"¡Desgraciada, desgraciada víctima esclamó Adelina! Ninguno de tus amigos podia libertarte de la muerte. ¡Oh! ¿qué no hubiera yo estado cerca de tí? ¿Pero qué habria yo podido hacer para salvarte? ¡Ay de mí! Nada. ¿He olvidado que en este momento quizá me veo como tú entregada á peligros de los cuales no vendrá á sacarme ningun amigo? Preveo demasiado quien es el autor de tus miserias....." Aquí se detiene y cree oir un suspiro semejante al que habia oido la noche anterior: su sangre se hiela; permanece inmóvil: se hallaba entonces en la habitacion que la habia vuelto Madama La-Motte, alejada del resto de la familia, la cual se hallaba casi fuera del alcance de la voz, y este aislamiento asombró su imaginacion hasta tal punto, que la costó demasiado el no desmayarse. Escuchó por algun tiempo; pero todo se hallaba tranquilo. Despues de haberse repuesto un poco de su primer movimiento, fue á llamar á la familia; pero sus reflexiones la impidieron hacerlo.

Trató de tranquilizar su ánimo, y dirigió una corta oracion al Ser supremo que hasta entonces la habia preservado de todos los peligros: su alma tranquilizada se eleva por grados; una sublime satisfaccion llena su alma y vuelve á emprender la lectura del manuscrito.

Muchas de las líneas siguientes estaban borradas. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

"Se me habia dicho que solo me quedaban de vida tres dias, y se me dió á escoger entre el hierro ó el veneno. ¡O qué momentos de agonía! ¡gran Dios! Tú ves mis padecimientos: muchas veces con la esperanza momentánea de sustraerme á ellos

miraba las altas barras de la ventana de mi prision. -- Estaba resuelto á tentar lo imposible: en uno de los arrebatos de desesperacion subí á la ventana; pero se me fueron los pies, y caí en el suelo medio atolondrado del golpe que habia recibido. Volviendo en mí, el primer ruido que oígo son los pasos de una persona que entraba en mi prision: me acordé de lo pasado: mi situacion era horrorosa; me estremecia de lo que iba á sucederme: el mismo hombre se acerca, me mira al principio con piedad; pero muy pronto su rostro recobra su ferocidad natural: no venia entonces á ejecutar las órdenes de su amo: estoy destinado aun á vivir un dia. -- ¡Gran Dios, hágase tu divina voluntad!"

Adelina no pudo pasar de aquí: todas las circunstancias que parecian confirmar el destino de este desgraciado se presentaban á su alma las relaciones concernientes á la Abadía. -- Los sueños que habian precedido al descubrimiento de las habitaciones secretas: la estraña casualidad que la habia hecho hallar el manuscrito; y la aparicion que creia entonces haber visto realmente: sintió entonces no haber hablado á La-Motte del

manuscrito y de los aposentos reservados; y prometió hacerlo al dia siguiente: los cuidados tan asíduos que habian ocupado su alma y el temor de perder el manuscrito antes de haberle leido, la habian impedido hasta entonces hacerlo.

Pensó que semejante combinacion de circunstancias no podia ser producida sino por un poder sobrenatural para que se verificase el castigo del culpado. Estas reflexiones llenaron su corazon de un terror que la soledad, la anchura de la antigua habitacion en que se encontraba, como igualmente la hora adelantada de la noche, mudaron bien pronto en espanto: jamás habia sido supersticiosa; pero un concurso de circunstancias tan estraordinarias no podian parecerla efecto de la casualidad: su imaginacion herida por todos estos recuerdos se hizo aun mas sensible á las menores impresiones: temblaba de mirar alrededor temiendo volver á ver alguna horrible fantasma, y aun casi se figuró oir voces que gemian entre el huracan que conmovia entonces el edificio.

Se esforzaba siempre á hacerse superior á sus sensaciones para evitar un susto á la familia; pero llegaron á ser tan penosas

que el temor mismo de ponerse en ridículo con La-Motte apenas fue capaz de contenerla en su habitacion: estaba su alma agitada hasta un grado tal, que la fue imposible continuar leyendo el manuscrito aunque trató de hacerlo para libertarse de los tormentos de la incertidumbre: le volvió á dejar y trató de tranquilizarse. "¿Qué tengo yo que temer, dijo? soy inocente y no seré castigada por el crímen de otro."

Un fuerte golpe de viento que corrió por toda la série de habitaciones movió con tanta fuerza la puerta que conducia á la antigua pieza ó dormitorio de las cámaras secretas, que impaciente por enterarse corrió á ver de dónde venia este ruido: la tapicería que cubria la puerta se agitaba violentamente: Adelina la observó por un momento con un terror inesplicable; pero al fin, persuadida á que el viento era el único que la hacia mover, hizo de repente un esfuerzo para mitigar sus sensaciones, y se detuvo á levantarla: entonces creyó oir una voz: prestó el oido; pero todo estaba tranquilo: sin embargo, el temor se apoderó de ella de tal modo, que no tenia fuerza para examinar el aposento ni para salir de él. Algunos instantes despues

volvió á oirse la voz, y entonces se convenció de que no se habia engañado: la oia distintamente, aunque muy baja, y casi se aseguró de que repetia su nombre: su imaginacion estaba tan exaltada que pensó ser esta la misma voz que habia oido en sus sueños: esta conviccion acabó de quitarla el valor que la quedaba y cayendo sobre la silla perdió el conocimiento.

No supo cuanto tiempo habia permanecido en este estado; pero recobrando sus sentidos reunió todas sus fuerzas, y marchó á la escalera de caracol donde llamó en alta voz; mas nadie la oyó: corrió tan veloz, cuanto la permitia su debilidad, á la habitacion de Madama La-Motte; llamó suavemente á la puerta, y se la respondió por aquella muy asustada; pues oyéndose despertar á una hora tan intempestiva, creyó que algun peligro amenazaba á su marido. Habiendo reconocido que era Adelina, pensó que se hallaba indispuesta y vino prontamente á su socorro; y el terror que todavía se veia retratado en su rostro la movió á preguntarla la causa de él, y Adelina se la esplicó.

Madama La-Motte se turbó tanto de esta relacion que llamó á su marido. La-

Motte, mas disgustado de que se le incomodase que inquieto de la emocion de que era testigo, riñó á Adelina de haber dado oidos á sus prestigios mas bien que á su razon. Adelina le dió parte de su descubrimiento de las habitaciones interiores y del manuscrito: circunstancias que escitaron tanto la atencion de La-Motte que quiso verlo y en seguida marchar á la habitacion que Adelina acababa de describirle.

Madama La-Motte se opuso á esta resolucion; pero su marido, en quien la oposicion siempre hacia un efecto contrario á lo que le proponian, y que deseaba poner de nuevo en ridículo los terrores de Adelina, insistió en su proyecto. Mandó á Pedro le siguiese con una luz, é insistió en que se le acompañase por Madama La-Motte y Adelina. La primera se resistia, y Adelina en un principio declaró que tampoco iria, pero La-Motte quiso ser obedecido. Subieron á la torre; entraron en la primera pieza todos á un tiempo; cada uno temia ser el último que quedase en ella: en la segunda cámara todo estaba en órden y en silencio: Adelina presentó el manuscrito y manifestó la tapicería que ocultaba la puerta. La-Motte la levantó y abrió; pero Ma-

dama La-Motte y Adelina le suplicaron no fuese mas lejos. — El las mandó de nuevo que le siguiesen: todo estaba tranquilo en la primera pieza: manifestó su sorpresa de haber estado tan largo tiempo sin descubrir estas habitaciones. Caminaban hácia la segunda; pero de repente se detuvo: "dejemos nuestra visita para mañana, dijo, la humedad de estos aposentos es mal sana, y quizá ahora es mas penetrante durante la noche: yo estoy helado. Pedro, acuérdate de abrir las ventanas muy temprano á fin de que pueda circular el aire."

— ¡Dios mio! Señor, dijo Pedro; ¿no veis que yo no puedo alcanzar á ellas? Por otra parte, yo no las creo hechas para ser abiertas: ved esas gruesas barras de hierro: en verdad que estas habitaciones tienen todo el aspecto de una cárcel, y creo que este es el lugar designado por nuestros vecinos cuando me dijeron, que ninguno de los que habian entrado en él habian vuelto á salir. — "Durante este discurso de Pedro, La-Motte miró con atencion las ventanas elevadas que quizá habia visto antes, pero que no examinó con el cuidado que ahora. Interrumpió la elocuencia de su criado y le mandó caminar delante con la luz. Con mucho

gusto salieron todos de estos aposentos, y volvieron á la pieza de abajo donde se encendió fuego, y todos permanecieron á su alrededor por algun tiempo.

La-Motte, por razones peculiares á él mismo, trató de ridiculizar los temores y descubrimientos de Adelina; y al fin la suplicó cesase en ellos con un tono tan sério que la atemorizó. Calló poco despues, y Adelina tranquila por la vuelta de la aurora volvió á su cuarto, y durante algunas horas disfrutó de las delicias de un descanso sin interrupcion.

Al dia siguiente el primer cuidado de Adelina fue el de proporcionarse una entrevista con Pedro, á quien esperaba encontrar al bajar la escalera: sin embargo, no pareció en ella, por lo cual fue al salon, donde halló á La-Motte que tenia muy turbado el semblante. Adelina le preguntó si habia leido el manuscrito. "He echado la vista sobre él; pero el tiempo le ha maltratado tanto, que apenas se puede descifrar: me parece que contiene una historia estraña y novelesca; y no me admiro ya de que despues de haber dejado nutrirse vuestra imaginacion con estas relaciones terribles, os hayais figurado ver espectros y oir voces."

Adelina creyó que La-Motte no queria ser convencido; por lo cual se abstuvo de replicarle. Al desayuno, mientras que Pedro le servia, fijó en él muchas veces sus miradas con una impaciente curiosidad, y su figura y ademanes la aseguraron cada vez mas de que tenia alguna cosa importante que comunicarla: con la esperanza de tener una conversacion con él, salió del salon luego que la fue posible, y fue á su calle de árboles favorita. Apenas habia llegado á ella cuando apareció Pedro. -- "¡Dios mio! dijo: señorita, estoy bien incomodado de haberos asustado la noche última."

--"¿De haberme asustado, contestó Adelina? ¿Y qué relacion teneis vos con mi terror?"

Entonces la dijo que luego que creyó que sus amos se habian dormido fue á la puerta de su cuarto con la intencion de decirla lo que habia principiado por la mañana: que habiendo llamado varias veces tan alto cuanto se atrevió á hacerlo, y no recibiendo respuesta, creyó que dormia ó que no queria hablarle, y que en su consecuencia se habia retirado. Esta esplicacion de la voz que fue oida por Adelina, dilató su ánimo, y aun se admiró de no haberle

conocido; pero acordándose del desórden que su alma tenia algun tiempo antes, cesó su sorpresa.

Pidió á Pedro que fuese corto en declararla el peligro de que se veia amenazada.

—"Si quereis dejarme que lo diga á mi modo, bien pronto lo sabreis; pero cuando se me interrumpe y se me hacen preguntas á diestro y siniestro yo no sé lo que digo."

—"En hora buena, dijo Adelina; acordáos solamente que podemos ser descubiertos."

—"Sí, señorita, yo tengo tanto miedo como vos, porque creo que pasaria tambien muy mal mi tiempo; por lo demas no veo á nadie: estoy seguro que si permaneceis aun una noche en esta Abadía, os sucederá una desgracia; porque, como os he dicho, lo sé todo.

—"¿Y qué es ello, pues, Pedro?"

—"¡Cierto! un complot que tiene su objeto determinado."

—¡Qué! ¿sería acaso mi padre?.....

—"¿Vuestro padre, interrumpió Pedro? ¡Ay Dios mio! Todo esto no se ha inventado mas que para asustaros: ni vuestro

padre ni nadie ha venido á reclamaros: os juro que él sabe de vos tanto como el Papa: no ciertamente."

Adelina se mostró algun tanto disgustada. —"¿Os burlais, dijo? Si teneis algo que comunicarme, decidlo pronto, porque estoy de priesa."

—"¡Dios mio! Señorita, yo no lo decia con malicia: espero que no os enfadareis conmigo; pero estoy seguro de que no negareis que vuestro padre es cruel. Pero como os iba diciendo, el marqués de Montalto os ama, y él y mi amo....." (Pedro miró á otro lado) han tenido cierta conversacion secreta acerca de vos. "Adelina se puso pálida: comprendió entonces una parte de la verdad y le rogó prosiguiese."

—"Han tenido una conversacion secreta acerca de vos. Hé aquí lo que Santiago el lacayo del Marqués me ha contado. – Pedro, me dijo, ¿no sabes lo que pasa? Yo te lo diria todo si quisiese; pero no es bueno decir á otro lo que se nos confia: apuesto ahora que tu amo es muy discreto contigo. — Sobre esto me piqué, y he querido persuadirle que podia confiarse conmigo como con él mismo." Quizá, le dije yo, quizá sé todo, tanto como tú, aun-

que no me alabe de ello. -- Quita allá dijo él: en este caso eres mas discreto que lo que yo creia. Es una linda muchacha (hablando de vos, señorita); pero al fin no es mas que una pobre niña, hallada á la aventura, y asi no es gran cosa. Yo tenia deseo de enterarme mejor de lo que queria decir, y aparentando que sabia tanto como él, me he compuesto de tal modo que todo me lo ha descubierto: me ha dicho..... Pero estais pálida, señorita, ¿os habeis indispuesto?

-- "No, dijo Adelina con una voz trémula, pudiendo apenas sostenerse: continuad os lo suplico."

-- "Me ha dicho que el Marqués os había cortejado mucho tiempo; pero que no queríais escucharle y que aun habia pretendido casarse con vos, y que tampoco habia acertado por este medio. -- En cuanto al matrimonio he dicho, supongo que sabe que la marquesa vive, y estoy bien seguro que ella no tratará con él bajo otro pié."

-- "¿La marquesa vive realmente, dijo Adelina?"

-- "¡Toma! Señorita nosotros lo sabemos todo, y yo creia que tambien lo sabíais. -- Eso es lo que has de ver replicó

Santiago: á lo menos yo creo que él será mas fino que ella. -- Yo me admiré, y no pude menos de..... Sí, dijo él, sabes que tu amo ha convenido en entregarla al señor?"

-- "¡Gran Dios! ¿qué vá á ser de mí esclamó Adelina?"

-- "Sí, señorita: yo tengo mucho sentimiento por vos; pero escuchad hasta el fin. Luego que Santiago me hubo dicho esto, olvidé todo al momento. -- No lo creeré jamás, le dije, no creeré jamás que mi amo se haga culpable de una accion tan baja; no la entregará ó yo no soy cristiano. -- ¡Cómo, dijo Santiago! Creia que lo sabias todo, sin lo cual yo no hubiera dicho una palabra: ademas tú puedes saberlo todo con solo ir á la puerta del salon y escuchar como yo lo he hecho: allí estan en consulta sobre eso?"

-- "No teneis necesidad de decir nada mas sobre ello: pero decidme el resultado de lo que habeis oido decir en el salon."

-- "Ciertamente, señorita; yo lo he tomado palabra por palabra: he ido á la puerta donde estoy bien seguro que he oido á mi amo y al Marqués que hablaban de vos: han dicho muchas cosas que no he com-

prendido; pero al fin he oido decir al Marqués, *sabeis lo que hemos convenido; solo con esta condicion quiero sepultar lo pasado en el ol..... ol..... olvido:* esta es la palabra. El señor La-Motte ha dicho entonces al Marqués que si queria volver á la Abadía á la noche, (se trata de esta misma noche) todo estaria preparado segun sus deseos. *Adelina estará en vuestro poder, señor*, ha dicho..... *y ya sabeis adonde está su cuarto.*" — Á estas palabras Adelina juntó las manos y levantó los ojos al cielo manifestando una silenciosa desesperacion.

— Pedro continuó. "Luego que hube oido esto, no pude dudar ya de lo que Santiago me habia dicho. — Y bien, me dijo luego que volví; ¿qué piensas ahora? — Pienso que mi amo es un bribon, le he respondido. Es mucho que no digas otro tanto del mio. — En cuanto á eso le dije....." Adelina interrumpiéndole le preguntó sino habia oido mas. — "Al instante mismo, dijo Pedro oimos á Madama La-Motte que venia á otro cuarto, y nos fuimos corriendo á la cocina."

— "¿No estaba presente á esta conversacion, dijo Adelina?"

— "No, señorita; pero apuesto cualquier cosa que mi amo ya la ha enterado de todo."

Adelina se vió tan desolada con esta patente perfidia de Madama La-Motte, como de la suerte de que se veia amenazada. Despues de haber meditado algun tiempo con una triste agitacion, Pedro, dijo: teneis un buen corazon y sentís una justa indignacion sobre el mal modo de proceder de vuestros amos. ¿Quereis ayudarme á ponerme en salvo?

— "¡Ah señorita, dijo! ¿Cómo os he de ayudar? Ademas no tengo amigos por estos alrededores, como os sucede á vos."

— "¡Oh, replicó Adelina vivamente conmovida! Huyamos de nuestros enemigos: los estranjeros serán nuestros amigos: ayudadme solamente á salir de esta Selva y merecereis mi eterno reconocimiento: cuando yo me halle fuera de ella, ya no tendré que temer.

— ¡Oh! en cuanto á lo que es la Selva yo estoy ya demasiado fastidiado de ella: al llegar aquí creia que tendríamos una buena vida, á lo menos una vida como la que yo habia tenido antes; pero estos muertos que vienen á la Abadía. ¡Yo no soy mas miedoso que otro cualquiera; pero tampoco me

gustan; y ademas corre un ruido tan estraño de mi amo!..... Creo que yo le hubiera seguido al cabo del mundo; pero ahora cada momento se me hace tarde el dejarle á causa de su conducta respecto á vos señorita.

—"¿Consentis, pues, en favorecer mi evasion, dijo Adelina con vivacidad?"

—¡Oh! en cuanto á eso, señorita, si yo supiese donde ir; yo tengo una hermana en Saboya; pero está tan lejos..... He ahorrado algun dinero de mis propinas; pero esto no bastaria para tan largo viaje.

—"Por eso no os detengais, contestó Adelina: una vez que yo me viese fuera de esta Selva, yo trataria de proveer á mis necesidades y de daros pruebas de mi reconocimiento.

—"¡Oh! en cuanto á eso, señorita....."

—"Y bien, querido Pedro, pensemos en los medios de salvarnos: esta noche, decis, esta noche..... ¿debe venir el Marqués?"

—"Sí, señorita: esta noche al anochecer: yo he imaginado un medio: los caballos de mi amo estan pastando en la Selva: podemos tomar uno y llevarle á la primera posta; pero ¿cómo evitar el ser descubiertos? Por otra parte, si huimos de dia, vá

á perseguirnos y alcanzarnos: si esperais á la noche, el Marqués habrá venido y ya no habrá este recurso: si ven que ambos estamos ausentes caerán en el caso y partirán al momento. ¿No podeis iros la primera y esperarme algun tiempo? Entonces, mientras que os buscan en la Abadía, yo me fugaré y estaremos fuera de su alcance antes que piensen en perseguirnos. Adelina convino en la exactitud de esta observacion, y se admiró de la sagacidad de Pedro. Le preguntó si sabia algun lugar en las cercanías de la Abadía donde pudiera ocultarse hasta que llegase con un caballo."

—"Ciertamente que sí, señorita. Ahora me acuerdo de un lugar donde os hallareis en seguridad, porque nadie se acerca á él; pero se dice que hay allí aparecidos, y quizá no querreis ir á él." Adelina acordándose de la última noche se asustó un poco; pero el conocimiento del peligro actual se despertó en su alma y triunfó de todos sus otros temores." Donde quiera que se halle ese lugar, dijo, y pueda ocultarme en él, no dudaré en ir al momento á buscarle.

—"Es un antiguo sepulcro que se halla

en la parte mas espesa del bosque, y á un cuarto de milla del camino mas próximo, y casi una milla del otro. Cuando mi amo tenia la costumbre de ir á ocultarse en la Selva, le he seguido de cerca; pero solo antes de ayer he descubierto el sepulcro: si consentis en venir á él voy á enseñaros el camino mas corto y mas seguro. Á estas palabras la mostró hácia la izquierda una especie de sendero tortuoso. Habiendo mirado Adelina alrededor sin divisar á nadie, ordenó á Pedro que la condujese al sepulcro. Siguieron el sendero, y muy pronto entrándose en el bosque bajo unas sombras románticas, casi impenetrables á los rayos del sol, llegaron á salir donde hemos visto que Luis habia seguido anteriormente á su padre. La tranquilidad y la soledad del sitio llenaron de espanto el corazon de Adelina: se detuvo y le contempló en silencio. Al fin Pedro la llevó á lo interior de las ruinas, á donde bajaron por muchos escalones. —" Un antiguo abad fue enterrado aquí segun pretenden los criados del Marqués, y segun todas las apariencias era de nuestro monasterio; pero no sé por qué se le ha puesto en la cabeza de volver á él: ciertamente que no ha sido asesinado.

—"Espero que no, dijo Adelina."

—"No podria decirse otro tanto de todos los que han entrado en la Abadía."

Adelina le interrumpió. —"Silencio, le dijo, porque creo oir ruido. ¡El cielo nos preserve de ser descubiertos!" Ambos prestaron el oido; pero todo estaba en calma, y asi avanzaron. Pedro abrió una puerta baja, entraron en una especie de galería sombría y obstruida á cada paso por fragmentos de piedra, á lo largo de la cual caminaban con precaucion.

—"¿Á dónde vais, dijo Adelina?"

—"Me cuesta mucho trabajo el reconocer este sitio, porque yo no he entrado jamás tan adelante; pero todo parece bastante tranquilo."

Cierta cosa le impidió el paso: esto era cabalmente una puerta que cedió al momento que se llegó á ella, y descubrió una especie de celdilla que solo recibia una luz bastante débil por una reja que tenia en lo alto; un corto rayo atravesaba la pieza y dejaba la mayor parte en la obscuridad. Adelina suspiró. —"Este lugar es horrible, dijo; pero si me ofrece un asilo, es un palacio: Pedro, acordáos de que mi reposo y mi honor dependen de vuestra fidelidad:

sed á un tiempo discreto y valeroso: esta tarde al anochecer (que es el momento en que puedo escapar de la Abadía con menos peligro de ser vista), vendré á esperaros en esta celda. Luego que los señores La-Motte esten ocupados en buscarme por todas las bóvedas, me traireis aqui un caballo: tres golpes dados sobre el sepulcro me informarán de vuestra llegada: en el nombre de Dios que seais prudente y puntual."

— "Sí, señorita, y sea lo que quiera lo que me pueda suceder."

Volvieron á salir otra vez á la Selva. Adelina temblando de que se les observase, dijo á Pedro que fuese el primero á la Abadía, y que si tuviese necesidad de ello, imaginase alguna cosa para paliar su ausencia. Luego que se vió sola, derramó un torrente de lágrimas, y se abandonó al esceso de su dolor. Se veia sin amigos, sin parientes, sin socorro; abandonada al mas horroroso de los peligros; vendida por personas á quienes tan largo tiempo habia prestado consuelos, amado como á sus protectores y respetado como á los autores de sus dias. Este pensamiento produjo en su corazon las mas tristes sensaciones, y

el de su peligro inminente absorvió durante algun tiempo el dolor de haber descubierto en ellos unos planes tan criminales.

Procuró recobrar al fin todo su valor, y tomando el camino de la Abadía, se esforzó á esperar con paciencia la caida de la tarde y á sostener con una apariencia de tranquilidad la presencia de La-Motte y de su muger. En el primer momento evitó verlos, no teniendo bastante confianza en sí misma para disimular sus emociones: marchó pues á su habitacion al entrar en la Abadía, donde trató de fijar su atencion sobre varios objetos; pero todo fue en vano: el peligro que la amenazaba, y el pesar de haberse engañado tan cruelmente sobre el carácter de los que tanto amaba, afligia sus pensamientos. Para una alma generosa pocas circunstancias son mas tristes como el descubrir la perfidia de las personas que merecian nuestra confianza, aun cuando no resultase para nosotros perjuicio alguno. Lo que mas la entristecia era la conducta de Madama La-Motte, al ver que tambien conspiraba á su perdicion.

"¡Cuánto se ha engañado mi imaginacion! decia. ¡Qué cuadro me habia trazado de

la bondad de los hombres! ¿Es preciso creer que todo el mundo sea malvado ó cruel? No; mas vale que yo me haya engañado, y que sea siempre víctima, que verme condenada al estado de desconfianza." Entonces trató de dulcificar el proceder de Madama La-Motte, atribuyéndole al temor que tenia á su marido. "No se atreve á desobedecerle, dijo, porque de otro modo me hubiera advertido del peligro, y me ayudaria á evitarle. No, no la creeré jamás capaz de tramar mi ruina; solo el temor la ha cerrado la boca."

Adelina se consoló algun tanto con esta reflexion: la benevolencia de su corazon la hacia sofista sutil: no penetraba qué achacar al temor la conducta de Madama La-Motte, solo era disminuir el grado de su crímen, imputándole á un momento menos depravado, pero no menos criminal. Permaneció en su cuarto hasta que se la avisó para comer: entonces enjugó sus lágrimas y bajó al salon, palpitándola el corazon y con un paso trémulo. Al aspecto de La-Motte, á pesar de todos sus esfuerzos, tembló y se puso pálida: no podia mirar con aire de indiferencia al hombre que se habia conjurado para su perdicion. Este advirtió sus emociones y la preguntó si estaba indispuesta. Adelina vió el peligro que su agitacion la hacia correr, y temiendo que La-Motte sospechase la verdadera causa, recogió todas sus fuerzas, y respondió con fingida alegría que estaba buena.

Durante la comida habló con bastante tranquilidad para ocultar las numerosas penas de su corazon. Cuando miraba á La-Motte, el horror y la indignacion eran sus sensaciones predominantes; pero cuando miraba á Madama La-Motte era otra cosa: el reconocimiento por su primera amistad se habia vuelto largo tiempo hacía en afecto, y su alma se llenaba entonces de amargura y del dolor de la esperanza engañada. Madama tenia el semblante abatido; hablaba poco: La-Motte parecia muy diligente en apartar las reflexiones tristes, fingiendo una alegría poco natural en él: reia, hablaba y decia varios chistes; pero esta alegría era la de la desesperacion: su muger se atemorizó y quiso contenerle, pero él continuaba sus libaciones á Baco, hasta que pareció haber ahogado con ellas toda reflexion.

Temiendo Madama La-Motte que su marido en la imprevision de un momento no se vendiese á sí mismo, se retiró con

Adelina á otra habitacion: ésta recordaba las horas afortunadas que en otro tiempo habia pasado con ella, cuando la confianza desterraba la reserva: cuando la simpatía, la estimacion y los atractivos dictaban los sentimientos de la amistad. Estas horas habian pasado para siempre; no podia ya esplayar sus penas en el pecho de Madama La-Motte, ni aun ya podia estimarla: sin embargo, á pesar de todos los peligros á que la esponia su criminal silencio, no podia hablar con ella, por la última vez, sin esperimentar un pesar que la filosofía tratára de debilidad, pero que la benevolencia dará un nombre mas dulce. Madama La-Motte en su conversacion parecia estar casi tan oprimida como Adelina: sus ideas no tenian conexion, y se sucedian largos y frecuentes intervalos de silencio: mas de una vez Adelina la sorprendió mirándola atentamente con el aire de la ternura, y vió llenarse de lágrimas sus ojos: se hallaba tan afectada, que muchas veces estuvo espuesta á arrojarse á sus pies para implorar su piedad y su proteccion; pero reflexionó su peligro, y reprimió unas emociones que la obligaron al fin á alejarse de la presencia de Madama La-Motte.

CAPITULO SESTO.

Adelina esperaba con impaciencia á la ventana de su habitacion la hora en que el sol, declinando y ocultándose detrás de las lejanas colinas, apresurase el momento de su fuga. La postura de este astro era estraordinariamente luminosa, y lanzaba rayos de fuego por medio de los árboles, y sobre algunos fragmentos esparcidos de las ruinas, que no podia mirar con indiferencia. "¡Probablemente, dijo, no volveré á ver jamás ocultarse el sol detrás de aquellos oteros, ó alumbrar esta escena! ¿Dónde haré yo mi primera noche? ¿Dónde estaré mañana á estas horas? ¡Quizá en el colmo del infortunio!" Á esta idea lloró. "Dentro de algunas horas, volvió á decir, el Marqués llegará; y dentro de algunas horas esta Abadía será un teatro de tumulto y confusion: todos los ojos van á buscarme; todos los reductos y escondrijos serán visitados." Estas reflexiones la inspiraron nuevos terrores, y redoblaron sus deseos de marchar cuanto antes.

La obscuridad llegó por grados: bien pronto la juzgó bastante fuerte para atreverse á salir; pero antes se puso de rodillas y dirigió sus oraciones al cielo, implorando el auxilio de aquel Dios de las misericordias, y se entregó en sus manos. Despues de esto dejó su habitacion, y bajó con precaucion la escalera de caracol: no halló en ella á nadie, y abriendo la puerta de la torre entró en la Selva; miró alrededor, pero todo estaba cubierto con las sombras de la noche.

Buscó palpitando el sendero que Pedro la habia mostrado y que conducia al sepulcro: le encuentra y avanza por él llena de sobresalto: muchas veces se estremecia cuando el céfiro agitaba las ligeras hojas ó cuando el murciélago revoloteaba en el crepúsculo: muchas veces tambien, cuando volvia sus miradas á la Abadía se la figuraba ver bultos de hombres. Despues de haber andado algo se sentó; oyó pasos de caballos, y muy pronto el sonido de una voz que conoció ser la del Marqués. Parecia venir del lado hácia donde caminaba y acercarse el ruido. De repente detuvo sus pasos: durante algunos minutos permaneció en un estado de indecision terrible. Caminar adelante era ponerse en manos del Marqués; retroceder era caer en manos de La-Motte. Despues de algun tiempo de esta incertidumbre el ruido tomó repentinamente otra direccion, y toda la comitiva volvió hácia el lado de la Abadía. El terror de Adelina pasó por algunos momentos: comprendió entonces que el Marqués no habia pasado por este sitio sino porque era su camino para ir á la Abadía, y se apresuró para llegar á las ruinas. Al fin dió con ellas despues de muchas dificultades; porque la obscuridad la impedia saber donde se encontraba. Se detiene á la entrada atemorizada por el silencio que reinaba dentro y las densas tinieblas del lugar: al fin se determina á entrar dentro hasta que llegue Pedro. "Si alguno se acerca, dice, le oiré antes que pueda verme, y entonces me ocultaré en la celdilla."

Se apoyó contra los escombros del sepulcro sumergida en una temerosa esperanza. En vano habia escuchado: ningun ruido turbaba el silencio: no puede formarse una idea del estado de su alma sino considerando que este estado iba á decidir de su suerte. "Ahora se ha descubierto quizá mi fuga, dijo; se me busca por todas

partes en la Abadía, oigo llamarme con voces terribles, veo las miradas enfurecidas." Cedió casi al poder de su imaginacion al decir estas palabras. Mientras que miraba alrededor de sí, vió luces que se movian á lo lejos: tan pronto brillaban al través de los árboles, y tan pronto desaparecian

Estas luces parecian estar en la misma direccion de la Abadía; y Adelina se acordó entonces de que por la mañana habia descubierto una parte de la fábrica por entre una clara de la Selva. No dudó pues que estas luces provenian de los que la buscaban; temió que no hallándola en la Abadía tomasen el camino del sepulcro, y miró este asilo como muy próximo á sus enemigos para hallarse en seguridad. Hubiera querido llegar á otro sitio del bosque mas distante; pero se acordó de que Pedro no podria allí encontrarla.

Mientras se agolpaban estos pensamientos en su alma oyó en el aire voces lejanas; iba á ocultarse con prontitud en la celdilla cuando vió que las luces desaparecian de repente: muy pronto reinó en derredor el silencio y la obscuridad; mas á pesar de todo trató de ganar el camino de la celda.

Se acordó de la posicion de la puerta esterior y de la galería; y despues de haberla atravesado abrió la puerta de la celda: todo se hallaba dentro en la mas negra obscuridad: temblaba, pero al fin entró, y despues de haber tentado lo largo de las paredes, se sentó sobre una piedra desprendida de ellas.

Se encomendó de nuevo á Dios y se esforzó á cobrar ánimo hasta que Pedro llegase. Habia pasado cerca de media hora en esta profunda cueva, y ningun ruido anunciaba que nadie se acercase: perdió su valor, tembló de que una parte de su proyecto se hubiese descubierto, ó que Pedro hubiese sido detenido por La-Motte: esta persuasion aumentó sus temores hasta el punto de resolverse á salir sola de la celda y á buscar en la fuga el único medio de salvacion que la quedaba.

Mientras que fluctuaba este plan en su alma, oyó por la reja de arriba los pasos de un caballo; el ruido se acerca y al fin se detiene en el sepulcro: un momento despues oye tres golpes; la late el corazon; su agitacion era tan grande que ningun esfuerzo hizo para dejar la celda: repiten los golpes, entonces reanima sus espíritus, se

adelanta, y sale á la Selva; llama "¡Pedro!" porque la obscuridad de la noche no la dejaba distinguir ni el hombre ni el caballo; se le responde en seguida. "Silencio, señorita, nuestras voces nos venderán."

Montan á caballo y corren con tanta velocidad cuanto la obscuridad lo permitia. Adelina sentia renacer su valor á cada paso. Preguntó lo que habia pasado en la Abadía, y cómo habia hecho para escaparse. -- "Hablad bajo, señorita, todo lo sabreis; pero yo no puedo deciroslo ahora. "Apenas acabó de decir estas palabras cuando vieron unas luces que se movian á cierta distancia; y llegando entonces á un lugar de la Selva mas claro partió á todo escape, y continuó del mismo modo cuanto el caballo pudo conservarle mirando atrás; pero no apareciendo ya ninguna luz el terror de Adelina se calmó. Volvió á preguntar lo que habia pasado en la Abadía cuando se echó de ver su fuga. "Ya podeis hablar sin temor de ser oido, dijo ella; pues ya estamos segun creo bastante lejos para que se nos pueda alcanzar." -- Ciertamente, señorita, dijo: no hacia mucho tiempo que habiais partido cuando llegó el Marqués: entonces el señor La-Motte advirtió

vuestra evasion: sobre todo, hubo una gran turbulencia, á la que siguió una conversacion con el Marqués.

-- "Hablad mas alto, que no os oigo."

-- "Si, señorita....."

-- ¡O cielos, interrumpió Adelina. ¿De quién es esta voz? Esta no es de Pedro: en el nombre de Dios, decidme, quien sois y donde vamos.

-- "Muy pronto lo sabreis, jóven señorita, respondió el estrangero (porque en efecto no era Pedro); pues yo ejecuto las órdenes de mi amo."

Adelina no dudando que fuese un criado del Marqués, trató de dejarse caer á tierra; pero el criado bajó y la puso sobre el caballo. Su alma vió una débil luz de esperanza: trató mover la piedad de este hombre, y le pidió con toda la elocuencia del dolor la favoreciese; pero el conductor conocia bien sus intereses para ceder ni aun por un instante á la compasion que sus súplicas le inspiraban á pesar suyo.

Entonces Adelina se abandona á la desesperacion, y en un silencio forzado se somete á su destino. Así continuaron su marcha hasta que una fuerte lluvia acompañada de truenos y relámpagos les hizo

entrar en la espesura de un bosque sombrío. El criado se tuvo allí por seguro y Adelina pensaba muy poco en su vida para disuadirle de su error. La tempestad fue larga y violenta; pero luego que hubo pasado volvieron otra vez á ponerse á caballo y á galopar. Despues de haber corrido cerca de dos horas se hallaron á la orilla de la Selva, y muy luego junto de una pared elevada y solitaria que Adelina no podia distinguir sino por la claridad de la luna que se veia entonces por entre las nubes.

Aquí se detuvieron: el hombre bajó del caballo, y habiendo abierto una pequeña puerta que estaba en la pared, bajó á Adelina que daba gritos involuntarios y supérfluos mientras que se la bajaba del caballo. La puerta se abrió en fin; una galería débilmente alumbrada por una lámpara suspendida en una estremidad la conduce: llegan á otra puerta, se abre, y aparece un magnífico salon soberbiamente iluminado y amueblado con el gusto mas delicado.

Sobre las paredes se hallaban pintadas al fresco las metamorfósis de Ovidio: una colgadura de seda las cubria con franjas y

ricos festones de oro: los sofás eran de una tela igual á la de las tapicerías: el centro representaba una escena de la *Armida* del Tasso, de la cual descendia una lámpara de plata de forma etrusca, que derramando una viva claridad, se reflejaba por dos grandes espejos iguales, é iluminaban completamente el salon: los bustos de Horacio, de Ovidio, de Anacreonte, de Tibulo y Petronio adornaban los rincones, y las flores reunidas en vasos etruscos exhalaban los mas deliciosos perfumes. En medio de la habitacion habia una pequeña mesa cubierta con una cena de frutas, de helados y de licores: nadie se sentia, todo parecia ser obra del encantamiento, asemejándose mas bien á un palacio de las Hadas que á lo que sale de la mano de los hombres.

Adelina se llenó de admiracion y preguntó donde estaba; pero el criado se negó á responder á sus preguntas, y despues de haberla obligado á tomar algun ligero alimento la dejó. Adelina se acercó á las ventanas: la claridad de la luna la hizo advertir un jardin espacioso, donde los bosques, los parques y las aguas cristalinas reflejadas por el resplandor de aquel astro, formaban la escena de una belleza verdade-

ramente variada y pintoresca. "¿Qué puede significar esto, decia Adelina? ¿Es acaso un encanto para conducirme á mi perdicion?" Creyendo poder escaparse se esforzó á abrir las ventanas; pero todas estaban condenadas: en seguida trató de abrir diferentes puertas, las que halló igualmente cerradas. Viendo que se la habia quitado todo medio de salvarse, permaneció algun tiempo sumergida en el pesar y en la reflexion; pero al fin la sacaron de sus distracciones los acentos de una dulce música, cuyos armoniosos sonidos suspendian las penas y disponian el alma á la ternura y á las delicias de la contemplacion. Adelina escuchó con sorpresa, se tranquilizó insensiblemente y se interesó en la música. Una tierna melancolía se apoderó de su corazon, y triunfó de todas sus penosas sensaciones; pero en el momento en que cesó la melodía, el canto se desvaneció y volvió á pensar en su situacion.

Vuelve la música á principiar, y Adelina cede aun por grados á su dulce poder: una voz que empieza acompañada por un laud, un oboe y un pequeño número de otros instrumentos, hacen oir sonidos tan

celestiales, que encantaban su imaginacion, y la hacian entrar en un dulce éxtasis. La voz se debilitaba gradualmente, y solo dejaba oir algunas notas solas con una dulzura patética: de repente varía el tono, y en un aire ligero oye cantar Adelina una cancion que la enagenó por algunos momentos.

Cesó la música; pero los sonidos vibraban aun en su imaginacion, y habia vuelto á caer en la deliciosa distraccion que la habian inspirado, cuando de repente se abre la puerta y aparece el marqués de Montalto: se acerca al sofá donde estaba Adelina y la dirige la palabra; pero ésta no le oia porque se habia desmayado. Trató de hacerla volver en sí y al fin lo consiguió; pero al abrir los ojos y verle, volvió á caer en un estado de insensibilidad. Despues de haber intentado varios medios para volverla sus sentidos, se vió obligado á llamar en su socorro. Dos bellas jóvenes entraron, y luego que Adelina principió á recobrar sus sentidos las dejó con ella para que la dispusiesen á verle. Cuando Adelina notó que el Marqués se habia marchado, y que las mugeres cuidaban de ella, sus espíritus se re-

animaron por grados: fijó la vista en las que la servian y se admiró de ver tantos atractivos y elegancia.

Hizo varias tentativas para interesar su compasion; pero estas mugeres parecian absolutamente insensibles á su angustia, y principiaron á hablar del Marqués con el lenguage de la mas alta admiracion: la aseguraron que solo á sí misma debia culparse sino era feliz; concluyendo con aconsejarla que lo aparentase á lo menos en su presencia. Con gran dificultad contuvo Adelina el desprecio que iba á parecer en su semblante, escuchando su discurso en silencio; pero conoció el peligro y la inutilidad de negarse á lo que la aconsejaban, y ocultó sus sensaciones.

Continuaban las mugeres el elogio del Marqués, cuando éste volvió á mostrarse; las hizo señas y al punto dejaron la habitacion. Adelina le miró con una especie de desesperacion muda: mas él se acerca, la toma la mano que ella retira vivamente, y desviándose con un aire de angustia inesplicable, se derrite en lágrimas. El Marqués guardó por algun tiempo silencio, y pareció un poco conmovido de su padecer; pero acercándose de

nuevo y dirigiéndola la palabra con un tono el mas amable, la suplicó perdonase un procedimiento sugerido, segun decia, por la desesperacion y el amor. Adelina estaba demasiado penetrada de su dolor para responder; pero cuando él la instó á que pagase su pasion con alguna correspondencia, la opresion dió lugar á la indignacion, y le reconvino por una conducta tan vil. El Marqués la manifestó que hacía largo tiempo la amaba con las miras mas honestas: principiaba á repetirla el ofrecimiento de su mano; pero al levantar los ojos sobre Adelina, halló en sus miradas el desprecio que merecia por su propia conciencia.

Se quedó suspenso por un momento y parecia conocer que su proyecto se habia descubierto, y que se despreciaba su persona; pero habiendo tomado muy pronto su imperio ordinario y compuesto su rostro, la instó de nuevo con las mas vivas solicitaciones á que le concediese su amor. Un instante de reflexion hizo ver á Adelina el peligro que corria en irritar su orgullo confesándole el desprecio que le causaba este pretendido ofrecimiento de matrimonio, y no tuvo inconveniente en

descender á la política y al disimulo en una coyuntura en que se interesaba el honor y el reposo de su vida: vió que el único medio de evadirse á todos los designios criminales del Marqués era el de dilatarlos; y así le hizo creer que ignoraba que la Marquesa vivia y que sus ofrecimientos solo eran un lazo.

El Marqués notó que Adelina dudaba, é impaciente por sacar alguna ventaja de esta incertidumbre, renovó sus proposiciones con mayor ardor.

— "Mañana nos uniremos, amable Adelina; mañana consentireis en ser mia, en ser la marquesa de Montalto; entonces correspondereis á mi amor, y....."

"Es menester antes, señor, merecer mi afecto."

— "Le mereceré..... le merezco. ¿No estais ahora en mi poder, y no me he prohibido hasta de aprovecharme de vuestra situacion? ¿No os hago las proposiciones mas honrosas?" — Adelina se estremeció.

— "Si deseais merecer mi estimacion, señor, tratad si es posible de hacerme olvidar por qué medio he venido á vuestro poder; y si vuestras intenciones realmente son puras y

honestas probadlo volviéndome mi libertad."

— "Amable Adelina; ¿quereis, pues, huir lejos de aquel que os adora, replicó el Marqués con una tristeza afectada? ¿Por qué quereis exigir de mí una prueba de desinterés incompatible con mi amor? No, preciosísima Adelina; tenga yo á lo menos el placer de contemplaros hasta que el momento de unos vínculos sagrados aparten todo obstáculo á mi amor: mañana....."

Adelina vió el peligro que corria y le interrumpió: — "Mereced mi estimacion, señor, y seguramente la obtendreis: dad el primer paso para conseguirlo, librándome de una cautividad que me obliga á no miraros sino con temor y aversion. ¿Cómo podria creer en vuestras protestas de amor en tanto que parece no tomais ningun interés en mi felicidad?" De este modo Adelina, ignorante hasta entonces de los artificios del disimulo, se vió precisada á recurrir á ellos disfrazando sus intenciones y su desprecio; pero aunque no fuese mas que para precaverse del mayor peligro, empleó esta astucia con demasiada repugnancia, y casi con horror; y aunque su disimulo se dirigia ciertamente á un buen fin, apenas podia persuadirse de

que este fin pudiese justificar los medios.

El Marqués insistió en sus sofismas. — "Podréis dijo á Adelina poner en duda la realidad de una pasion que para obteneros me ha espuesto al riesgo de desagradaros. ¿Pero no he consultado vuestra felicidad hasta en esta misma conducta de que me reconvenis? De una morada horrorosa y solitaria os he trasladado á una brillante casa de campo, donde todos los objetos de lujo estan á vuestra órden, y donde todo debe conformarse á vuestros deseos."

— "El primero de mis deseos, dijo Adelina es el salir de aquí: os suplico, os pido con todo mi corazon que no me retengais aquí mas tiempo: soy una desgraciada huérfana, sin amigos, espuesta á mil peligros, y quizá abandonada al infortunio: no quisiera ofenderos; pero permitidme deciros que no hay desgracia para mí mas superior que la que esperimentaré si permanezco en estos sitios, ó si aun me veo perseguida en cualquier otra parte por los ofrecimientos que me haceis." Adelina habia olvidado ya en este tiempo su política: las lágrimas la impidieron continuar, y volvió la cabeza para ocultar su conmocion.

— "En el nombre del cielo, Adelina, me haceis la mayor injuria, dijo el Marqués levantándose y tomándola la mano: os amo, os adoro; pero dudais de mi pasion y sois insensible á mi ternura: partireis conmigo todos los placeres en esta morada; pero no saldreis de ella." Adelina arrancó su mano de la del Marqués y con un dolor silencioso se retiró á una de las estremidades del salon. Profundos suspiros se escaparon de su corazon y casi desfallecida se apoyó sobre una ventana para sostenerse.

El Marqués la siguió: "¿Por qué, dijo, insistis tan obstinadamente en negaros á vuestra felicidad? Pesad las proposiciones que he hecho; aceptadlas, pues que aun podeis: mañana un sacerdote nos unirá: seguramente cuando os tengo así en mi poder, vos debeis consentir en todo."

Adelina no pudo responder sino con sus lágrimas: desesperaba atraer el corazon del Marqués á la piedad, y temblaba irritar su orgullo con el desprecio. Permitió que la condujese á una silla cerca de donde estaban puestos los manjares; la instó á que gustase de algunos dulces y sobre to-

do de ciertos licores de que bebió él mismo muy caballerescamente.

El Marqués interpretando su silencio como una condescendencia tácita á sus proposiciones, volvió á recobrar toda su alegría y vivacidad, mientras que las miradas inflamadas que no cesaba de arrojar sobre Adelina, llenaban á ésta de turbacion y espanto. En medio del banquete una dulce música tocó de nuevo las canciones mas tiernas y apasionadas; pero la música no egercia ya ningun poder en Adelina: su alma estaba demasiado comprimida y triste con la presencia del Marqués para recibir los consuelos de la armonía. Se oyó una cancion que estaba escrita con aquel arte poco eficaz con que cuentan los poetas voluptuosos poder ocultar y recomendar reunidos los principios del vicio: Adelina la oyó con desprecio y descontento: el Marqués lo notó; hizo señas que tocasen otra cosa que reuniendo la fuerza de la poesía á los placeres de la música, pudiese separar de su alma los objetos presentes, y sumergirla en un agradable delirio.

Luego que cesó la voz, una trompa dejó oir á lo lejos otra cancion triste ejecutada con la mas esquisita espresion: tan pronto los sonidos flotaban por los aires en dulces ondulaciones; tan pronto se percibian acentos llenos y sonoros; tan pronto se debilitaban muriendo lentamente en el silencio; tan pronto en fin volvian á elevarse en una melodía tan dulce y tan tierna, que arrancó lágrimas á Adelina y esclamaciones de alegría al Marqués. Éste la echó los brazos alrededor de la cintura, y queria atraerla á sí; pero Adelina se desprendió de ellos, y con una mirada en que estaba impresa la firme dignidad de la virtud le aterró; y penetrado hasta el fondo del alma de una superioridad que se avergonzaba de reconocer, y esforzándose á despreciar una influencia á que no podia resistir, aunque adorador del vicio, el Marqués fue por un momento el esclavo de la virtud; pero bien pronto volvió á tomar su tranquilidad ordinaria y á hablar de su amor. Adelina, abandonada del valor que acababa de manifestar, y oprimida de debilidad y de fatiga por las numerosas y violentas agitaciones de su alma, le suplicó con la mayor instancia la dejase gozar del reposo.

La palidez de su rostro y el trémulo so-

nido de su voz eran demasiado espresivas para no comprenderse: el Marqués la dijo pensase en el dia siguiente; y despues de haber dudado un poco se retiró. Luego que Adelina se vió sola dió un libre curso á las angustias de su alma: absorta en el dolor permaneció algunos momentos sin notar que se hallaba cerca de las jóvenes que antes la habian servido. Volvieron éstas á entrar en el salon en el instante en que el Marqués salia de él, y venian para conducirla á su aposento. Adelina las siguió algun tiempo sin decir cosa alguna; mas al fin, llevada de la desesperacion, hizo nuevos esfuerzos para escitar su compasion; mas ellas en respuesta repetian los elogios del Marqués. Viendo pues que todas las tentativas para interesarlas en su favor eran inútiles, las despidió; cerró con llave la puerta por donde ellas habian salido, y con la dulce esperanza de buscar un medio de evadirse examinó la habitacion con mucho cuidado. La elegancia frívola del mueblage y la multitud de objetos de lujo, parecian tener por único fin el fascinar la imaginacion y seducir el corazon: la colgadura era de seda de color de paja, adornada de muchos

paisages y de cuadros de historia, cuyos objetos se resentian del carácter voluptuoso del poseedor de ellos: la chimenea de mármol de Páros estaba tambien decorada de diferentes figuras por el gusto antiguo: el lecho era de seda y del mismo color que la colgadura; tenia una rica guarnicion de púrpura y de plata, y un cielo en forma de dosel: vasos de porcelana llenos de perfumes estaban en todos los ángulos sobre repisas de la misma estructura que el tocador, el cual era magnífico y adornado de una infinidad de bujerias.

Adelina al paso arrojó una mirada sobre todos estos diversos objetos, y vino á examinar las ventanas: éstas daban al parque y se abrian sobre un balcon que daba al jardin el cual habia descubierto desde la sala: todo estaba cerrado, y sus esfuerzos para abrirlas fueron inútiles; pero una puerta que no estaba cerrada atrajo su atencion: daba sobre un gabinete del tocador adonde se bajaba por algunos escalones. Dos ventanas tambien chocaron su vista; la una se resistió á abrirse; pero su corazon palpitó de una súbita alegría cuando la otra se abrió. En su primer trans-

porte olvidó que la altura de la ventana podria ser un obstáculo á la fuga que meditaba. Volvió para cerrar la puerta del gabinete á fin de prevenir toda sorpresa: precaucion inútil, porque la puerta de la habitacion del dormitorio estaba ya cerrada: entonces miró por la ventana: ante ella se presentaba el jardin, y notó que la ventana que bajaba hasta el parque se acercaba tanto á la tierra que podia saltar á ella con facilidad. Casi al mismo instante que la vió se arrojó sin accidente alguno; se halló en un inmenso jardin que se parecia mas bien á los parques de Inglaterra que á una série de parterres franceses.

Adelina no dudaba de poder salir de allí, ya por alguna abertura, ó ya por alguna parte baja de la pared; y así corrió rápidamente todo lo largo de ella: la esperanza renace en su corazon; las nubes de la última tempestad se habian disipado entonces, y la claridad de la luna, que daba en algunos espacios descubiertos, hacía que brillasen las flores, aun cargadas de gotas de lluvia, y la ofrecian una perspectiva bien manifiesta de la escena del rededor. Siguió la direccion de la pared, que

salia desde el castillo, hasta que éste se ocultó á su vista por una porcion de plantas silvestres tan espesas y que formaban una obscuridad tal á sus ojos, que no dudó entrarse por medio de ellas; y volvió sobre su derecha á una calle que la condujo á un lago adornado de grandes árboles.

Los rayos de la luna que caian sobre las aguas, cuya dulce ondulacion parecia que acariciaba las orillas, presentaban una escena de dulce tranquilidad que habria calmado un corazon menos agitado que el de Adelina. Ésta no pudo menos de mirar tan hermosa perspectiva; suspiró y pasó adelante con presteza para buscar las puertas del jardin de que se habia desviado considerablemente. Despues de haber andado errante algun tiempo por medio de las calles y esplanadas sin encontrar cosa alguna que la indicase la pared, se halló aun cerca del lago y siguió sus orillas con el paso de la desesperacion: las lágrimas corrian sobre sus megillas; la escena que la rodeaba no ofrecia sino imágenes de paz y de delicia; todos los objetos parecian dormir; ni aun siquiera el débil soplo del viento movia las hojas, ni el menor ruido se oia en el aire; solo en su pe-

cho reinaba el desorden y el dolor. Continuó siguiendo las vueltas tortuosas de la ribera, y al fin salió por una calle á un sendero que subia suavemente revolviendo sobre un cerrillo: la obscuridad era tan profunda, que seguia su camino con mucho trabajo; mas de repente la calle vino á terminarse en un bosquecillo algo elevado, donde percibió una luz que partia de una cabañita situada á poca distancia.

Se detuvo: su primer movimiento fue retirarse; pero habiendo prestado el oido sin notar ningun rumor, su alma concibió un debil rayo de esperanza de que la persona á quien pertenecia esta luz podria consentir en proteger su fuga. Se adelantó temblando y con precaucion hasta donde partia la luz, á fin de observar en silencio á la persona antes de aventurarse á entrar en su habitacion: cuanto mas se aproxima, tanto mas se aumentaba su emocion. Habiendo llegado á un emparrado, que estaba cerca, vió por una ventana abierta al Marqués recostado sobre un sofá cerca de una mesa cubierta de vinos y frutas: estaba solo y tenia la cara encendida á causa de sus libaciones báquicas. Mientras que ella miraba, encadenada al sitio en que se

hallaba por el terror, echó la vista hácia el lado de la ventana: la luz daba de lleno sobre el rostro de Adelina; pero ésta apenas lo advirtió huyó precipitadamente con la rapidez del relámpago. Temiendo si acaso habia sido vista, huyó sin saber si era perseguida. Despues de haber andado mucho, el cansancio la obligó al fin á detenerse: se sentó sobre un cesped casi desmayada de temor y de debilidad. Sabia que si el Marqués la sorprendia tratando de fugarse, traspasaria precisamente los límites que se habia impuesto hasta entonces, y temia los mas horrorosos peligros. Las palpitaciones del terror eran tan fuertes que apenas podia respirar.

Observó por mucho tiempo; escuchó con una esperanza temerosa; pero ninguna forma humana se ofreció á su vista; ningun ruido hirió su oido; y así permaneció un tiempo considerable en este estado: lloró, y sus lágrimas aliviaron su corazon oprimido. "¡Oh padre mio, dijo! ¿Por qué habeis abandonado á vuestra hija? Si supiéseis los peligros á que la habeis espuesto, seguramente tendriais compasion de ella y vendriais á su socorro. ¡Ay de mí! ¿No hallaré jamás un amigo? ¿Estaré

siempre destinada á dar mi confianza para ser engañada? ¿Habrá podido Pedro venderme?" Aun lloraba, y volviendo á pensar en su peligro actual y á reflexionar sobre los medios de sustraerse á él, no veia ninguno á su entender; porque el parque parecia no tener límites. Habia andado errante de esplanada en esplanada, de bosque en bosque, sin descubrir ninguna cerca ó pared: no pudo en fin hallar la del jardin; pero resolvió no volver al castillo y no abandonar sus investigaciones. Como se levantase para irse, vió una sombra que se movia á cierta distancia: se estuvo quieta para observarla: la sombra caminaba con lentitud y de repente desapareció; pero muy pronto vió una persona que salia de la obscuridad y se acercaba al lugar donde ella estaba. No dudó que el Marqués la hubiese descubierto, y corrió con la rapidez posible á ampararse bajo la sombra de un bosquecillo que se veia á su mano izquierda; pero los pasos la perseguian, y oyó repetir su nombre mientras que ella se esforzaba en vano en precipitar su carrera.

De repente el ruido de la persecucion se desvió y perdió en una direccion diferente: entonces se detuvo para tomar aliento y miró en derredor; pero no vió á nadie. Avanzó lentamente á lo largo de la calle de árboles, y casi tocaba á su estremidad cuando vió la misma figura que salia de la sombra á ponerse en medio de la calle que ella seguia. Se acerca á ella; una voz la llama; pero no podia oirla porque habia caido en tierra sin conocimiento. No recobró sus sentidos hasta despues de mucho tiempo, y entonces fue para hallarse en los brazos de un desconocido, é hizo un esfuerzo para desasirse de ellos.

—"Nada temais, amable Adelina, la dijo aquel; nada temais: estais en los brazos de un amigo que arrostrará todos los peligros para serviros y que os protegerá hasta perder su vida." Diciendo esto la estrechó suavemente contra su corazon. "¿Me habeis pues olvidado, añadió?—" Adelina miró con atencion y se convenció de que era Teodoro el que acababa de hablarla: la alegría fue su primera emocion; pero acordándose de su partida repentina en un momento tan crítico para su seguridad, y que era amigo del Marqués, mil pensamientos diversos combatieron su pecho y la sumergian en un abismo de terror y de desesperacion.

Teodoro la levantó sosteniéndola: "vámonos al momento de este sitio, la dijo: un coche nos espera: seguirá el camino que le indiqueis, y os conducirá donde esten vuestros amigos." Esta última frase penetró su corazon.

—"¡Ay de mí! No tengo amigos, y no sé donde ir." — Teodoro apretó tiernamente su mano en la suya, y la dijo con el tono mas dulce y compasivo. "Pues bien, mis amigos serán los vuestros: dejadme que os lleve donde estos se hallan; pero estoy en las angustias mas mortales mientras permanezcais en estos sitios: apresurémonos á salir de ellos." "Adelina iba á responder cuando oyeron voces por entre los árboles. Teodoro, sosteniéndola con un brazo, la arrastró, digámoslo así, á lo largo de la calle: continuaron huyendo hasta que Adelina, perdiendo la respiracion, no pudo ir mas lejos. Despues de haber descansado un momento sin oir paso alguno que les persiguiese, volvieron á seguir su camino: Teodoro sabia que no estaban distantes de las paredes del jardin; pero tambien sabia que en el espacio intermediario diversas sendas que venian de las partes mas distantes de la cerca iban á parar á

la calle por donde era menester pasar, y que los criados del Marqués podian salir por allí para cruzarlas: no obstante, ocultó sus temores á Adelina, y se esforzó á calmar y tranquilizar su ánimo. Al fin, llegaron á la cerca: Teodoro la condujo á la parte baja de la pared hácia el lugar donde estaba el coche, cuando oyeron voces: el ánimo y las fuerzas de Adelina se hallaban casi agotadas; pero hizo el último esfuerzo para caminar, y muy pronto vió á cierta distancia la escala de que se habia servido Teodoro para bajar al jardin. "Tened un poco de valor todavía, dijo éste, y estais en salvo." Sostuvo la escala mientras que ella subia: la altura era bastante y la pared muy recta: Adelina habiendo llegado al fin esperó á Teodoro que siguiéndola trajo la escala en pos de sí al otro lado; y luego que hubieron bajado vieron el coche; pero el conductor no se hallaba allí. Teodoro temblaba de llamarle, temiendo no le descubriese la voz; puso pues á Adelina en la silla, y él mismo fue á buscar al postillon, que halló dormido bajo de un árbol á algunos pasos, y habiéndole despertado volvieron al coche y partieron á todo escape. Adelina no se atrevia aun á creerse fue-

ra de peligro; pero despues que caminaron largo tiempo sin interrupcion su corazon se dilató; dió gracias á su libertador con las espresiones del mas vivo reconocimiento. Teodoro la respondió con un tono de voz y unos modales, cuya simpatía probaba que su felicidad en esta ocasion igualaba á la de su compañera. Á medida que la reflexion se apoderaba del alma de Adelina, la anxiedad suspendia en ella la alegría. En estos instantes de agitacion no pensaba mas que en huir; pero las circunstancias de su situacion presente la asombraban. Se quedó silenciosa y pensativa; no tenia amigos á los cuales pudiese refugiarse; caminaba sin saber á qué sitio con un jóven militar que la era casi desconocido; se acordó de cuantas veces habia sido engañada y vendida por aquellos á quienes habia concedido mas su confianza. Al fin cayó en un profundo abatimiento: recordaba tambien las primeras atenciones que Teodoro la habia manifestado, y temblaba que esta conducta no hubiese sido inspirada por una pasion egoista. Veia la posibilidad de esto; pero se negaba á creerlo probable, y conocia que nada podia afligirla mas que el sospechar de la honradez de Teodoro.

Este interrumpió sus pensamientos hablándola de su situacion en la Abadía. "He debido señora admiraros y aun ofenderos por no haberme visto comparecer á la cita despues de los temores que os habia causado en nuestra última entrevista prediciéndoos desgracias: esta circunstancia me ha hecho decaer quizá de vuestra estimacion, si es que yo hubiese sido bastante feliz para haberla obtenido; pero mis planes han sido contrariados y escedidos por los del marqués de Montalto; creo poder aseguraros que en esta coyuntura mi dolor ha sido por lo menos igual á vuestros temores."

Adelina le dijo que se aterró mucho con su aviso, y habia sentido mucho mas el no tener noticias ulteriores concernientes al peligro que la amenazaba, y que..... "Ella retuvo las palabras que iban á salir de sus lábios; porque notó que sin querer manifestaba la inclinacion que abrigaba su corazon. Hubo silencio por algunos momentos, y ni uno ni otro estaban tranquilos. Al fin Teodoro volvió á principiar la conversacion." Permitidme, la dijo, que os instruya de las circunstancias que han privado la entrevista que os habia pedido;

me hallo demasiado impaciente por justificarme." Sin esperar la respuesta de Adelina la contó que el Marqués por medios inesplicables habia sabido ó sospechado el motivo de su última conversacion, y que viendo su proyecto en peligro de desbaratarse, habia tomado medidas eficaces para impedirlo, é informarse mas completamente. Adelina se acordó del momento que á Teodoro se le habia visto con ella en la Selva por La-Motte, el cual sin duda habia sospechado su naciente inclinacion, y tratado de avisar al Marqués de que segun todas las apariencias tenia un rival en su amigo.

"El dia siguiente al de nuestra última entrevista, dijo Teodoro, el Marqués, que es mi coronel, mandó me preparase para marchar á mi regimiento, señalando mi partida para el otro dia por la mañana: esta órden repentina no dejó de sorprenderme; pero no pasé mucho tiempo sin saber el motivo: un criado del Marqués que largo tiempo me habia servido, entró en mi cuarto un momento despues de haberme dejado su amo, y me manifestó su pesar de verme partir con tanta precipitacion, dejando escapar algunos indicios que

escitaron mi sorpresa: le hice algunas preguntas, y me confirmé en las sospechas que ya habia concebido de los proyectos del Marqués con respecto á vuestra persona. Santiago me dijo que nuestra última entrevista habia sido notada, dándose cuenta de ella al Marqués y que sabia esto de uno de sus camaradas: yo me aterré tanto que le obligué á que me diese de tiempo en tiempo noticias de la conducta del Marqués. Desde entonces esperé con doble impaciencia la tarde que debia hablaros; pero la habilidad del Marqués: trastornó enteramente mis esfuerzos y deseos: se habia comprometido á pasar el dia en la casa de campo de un sugeto de cualidad, distante algunas leguas, y á pesar de todas las escusas que yo le quise dar, me fue absolutamente necesario acompañarle. Precisado á esto, pasé el dia en la agitacion y ansiedad mas horrorosa: era ya media noche antes que estuviésemos de vuelta en el castillo del Marqués; me levanté por la mañana temprano para ponerme en camino, y resolví buscaros antes de dejar el pais. Cuando entré en la sala á desayunarme me admiré de hallar ya allí al Marqués, el cual viendo la mañana tan hermosa, manifestó su in-

tencion de acompañarme hasta Chineau. Privado de repente de mi última esperanza creí que mi semblante espresaba todo lo que sentia; porque las miradas curiosas del Marqués pasaron muy luego de la indiferencia al descontento. Hay cuando menos doce leguas de Chineau á la Abadía: al principio tenia intencion de volverme desde este punto; pero pensaba que seria una gran casualidad el encontraros sola: ademas que si La-Motte me descubria, esto solo despertaria todas sus sospechas y haria contrariar todos los planes que creyese convenientes tentar en lo sucesivo; por lo cual continué mi camino para reunirme al regimiento.

"Santiago me envió frecuentes noticias sobre las operaciones del Marqués; pero su modo de espresarse era tan confuso que solo sirvieron para confundirme y desconsolarme: su última carta me atemorizó hasta tal punto, que el sitio de mi guarnicion se me hizo insoportable, y como me era imposible obtener una licencia, dejé el cuerpo secretamente y vine á ocultarme en una cabaña cerca del castillo, á fin de instruirme mejor de los proyectos del Marqués. Santiago me daba cada dia noticias,

y al fin me anunció el horrible complot tramado para la noche siguiente.

"Yo tenia poca probabilidad de poderos prevenir de vuestro peligro si me aventuraba á acercarme á la Abadía; La-Motte podia descubrirme y hacer inútiles mis tentativas para salvaros: sin embargo, resolví correr todos los riesgos con la esperanza de veros. Á la caida del dia me preparaba á pasar á la Abadía, cuando Santiago se presentó y me dijo que se os debia conducir al castillo: mi plan se hizo entonces de una ejecucion menos dificil; supe tambien que el Marqués no teniendo ya ningun temor de perderos proyectaba, ayudado de todos los atractivos del lujo que le son demasiado familiares, inclinaros á que favorecieseis sus deseos y seduciros con falsas proposiciones de matrimonio. Habiéndome proporcionado el conocimiento de la habitacion que os estaba destinada, he hecho apostar un coche para esperaros, y con la intencion de escalar vuestra ventana y libertaros he entrado á media noche en el jardin." Habiendo acabado Teodoro de hablar, "no conozco espresiones, dijo Adelina, que puedan pintaros el sentimiento de las obligaciones que os debo, y el recono-

cimiento de que me penetra vuestra generosidad."

— "¡Ah! no llameis á esto generosidad, replicó; sí amor..... y se detuvo." Adelina guardó silencio: despues de algunos momentos de una emocion espresiva, Teodoro continuó. "Perdonadme esta repentina declaracion; mas ¿por qué nombrarla repentina cuando ya mis acciones os han descubierto lo que mi boca no se ha atrevido á confesaros hasta este instante?" Aquí volvió á callar, y Adelina igualmente guardaba silencio. — "Hacedme sin embargo la justicia de creer que conozco cuan fuera de tiempo es hablaros ahora de mi amor; pero esta confesion casi me ha sorprendido: os prometo tambien abstenerme de renovar este discurso hasta que esteis en una situacion en que podais aceptar ó negar libremente la pasion sincera que os ofrezco: sin embargo, si pudiese estar seguro ahora de poder poseer vuestra estimacion, á lo menos me veria libre de la inquietud mas cruel."

Adelina se admiró de que hubiese dudado de su estimacion despues del servicio generoso y señalado que acababa de hacerla; pero aun era estraña á la timidez del

amor. "¿Podreis creerme ingrata, dijo con una voz trémula? ¿Es posible que mire vuestros pasos amistosos en mi favor sin estimaros?" Teodoro la tomó luego la mano y la llevó en silencio á sus lábios: ambos estaban demasiado conmovidos para seguir la conversacion, y así continuaron caminando durante muchas millas sin proferir una sola palabra.

CAPITULO SEPTIMO.

La aurora principiaba á iluminar las nubes cuando los viajeros se detuvieron en un lugarejo para mudar de caballos. Teodoro suplicó á Adelina bajase para tomar algun alimento. Consintió aunque con dificultad; pero las gentes de la posada aun no se habian levantado, y se pasó mucho tiempo antes que el postillon llamando y gritando consiguiese despertarlas.

Despues de haber tomado un ligero desayuno, Teodoro y Adelina volvieron al coche: Teodoro se abstenia por delicadeza, de volver á entablar la conversacion sobre el único objeto que podia interesarle. Despues de haber mostrado á Adelina algunas bellezas del pais que se presentaban al paso, y esforzándose para sostener la conversacion, volvió á sumergirse en el silencio: su alma continuamente agitada, se veia siempre libre del temor que tan largo tiempo la habia oprimido. La primera mirada que echó sobre Adelina escitó una profunda impresion sobre su espíritu: habia en su belleza un sentimiento que el corazon de Teodoro habia reconocido en un principio, y en seguida habia ella confirmado por sus acciones y su conversacion.

El convencimiento del abandono á que se veia reducida y los peligros que la rodeaban, habian despertado en el corazon de Teodoro en un principio la mas tierna compasion, y la admiracion habia ayudado á que se convirtiese en amor; y asi no es fácil figurarse el tormento que esperimentó cuando se vió precisado á dejarla espuesta á los peligros, sin que le hubiese sido posible advertirla de ellos durante su mansion en su regimiento: su alma se vió constantemente llena de los terrores que no se hallaba en estado de combatir sino volviendo á las cercanías de la Abadía, donde podria informarse prontamente de los proyectos del Marqués y ponerse al alcance de ayudar á Adelina con su auxilio.

No podia pedir una licencia sin descubrir su secreto, ni el lugar en que temia mas manifestarse. En fin, por una temeraria generosidad, sin embargo de que era inspirada por la virtud, arrostrando la ley, dejó secretamente su cuerpo. Habia observado la táctica del Marqués con una tré-

mula anxiedad hasta la noche que debia decidir la suerte de Adelina: esto escitó todas sus facultades para obrar, y se sumergió en un flujo y reflujo de temor, de horror y de esperanza.

Jamás hasta entonces se habia atrevido á creerla fuera de peligro: la distancia del castillo en que se encontraba, sin verse perseguido por persona alguna, ponia el colmo á su esperanza: era imposible que se hallase al lado de su amada Adelina para recibir las pruebas de su gratitud y estimacion, sin esperar una tierna correspondencia: se felicitaba de ser su libertador, y se pintaba con anticipacion las escenas de felicidad que la esperaban cuando se viese bajo la proteccion de su familia: las nubes del temor y del pesar desaparecian de su alma, dejándola enteramente entregada á los rayos de alegría: mas cuando alguna sombra de temor se le representaba, ó cuando se acordaba con dolor de que habia abandonado su regimiento establecido en la frontera en un tiempo de guerra, miraba á Adelina y sus bellas facciones por una pronta mágia hacian que reinase la paz sobre su corazon; pero Adelina tenia un motivo de anxiedad de que Teodoro estaba exento. Participaba

de su porvenir: se hallaba envuelta en la duda y en la obscuridad: iba quizá á solicitar de nuevo socorros de personas estrañas: la esponian aun á la incertidumbre de su bondad, y se veia reducida á los disgustos de la dependencia, ó á la dificultad de ganar una subsistencia precaria. Estas anticipaciones alteraban la alegría que la causaba su evasion y el afecto que los modales y la confesion que Teodoro la habian manifestado: la delicadeza de la conducta de éste, evitando el sacar ventaja de la situacion en que se encontraba para hablarla de amor, aumentaba mas y mas su estimacion y lisonjeaba su orgullo.

Adelina estaba absorta en reflexiones de este género, cuando el postillon detuvo el coche, y mostrando una parte del camino que bajaba por la falda de una colina, dijo que eran perseguidos por muchos caballos. Teodoro le mandó avanzase con toda la celeridad posible, y que se echase fuera del camino real por el primero que se le presentase. El postillon hace resonar su látigo: parte con una velocidad tal como si le fuese la vida en ello; sin embargo Teodoro trataba de reanimar á Adelina que sucumbia

á su terror, y creia que si escapaba todavía del Marqués, nada tendria ya que temer acerca de su suerte.

Al punto entraron en un camino que á un lado y á otro estaba guarnecido de cercas y de árboles muy elevados. Teodoro miró por la portezuela; pero las ramas le impidieron ver bastante lejos para asegurarse de que se continuaba persiguiéndole. Adelina trataba de disimular su agitacion.

"Este camino, dijo Teodoro, nos conducirá ciertamente á un lugar ó aldea, y entonces nada tenemos que temer; porque si mi brazo no basta para defenderos de las gentes que os persiguen, no dudo conseguir interesar en vuestro favor á algunos de los habitantes del pueblo."

Adelina aparentó tranquilizarse con la esperanza que la daba está reflexion: Teodoro miró de nuevo hácia atrás; pero las vueltas del camino evitaban su vista, y el ruido de las ruedas le impedia oir nada: al fin mandó al postillon que se detuviese, y habiendo escuchado con atencion sin notar nada, ni ruido alguno de caballos, principió á creer que estaba fuera de peligro. "¿Sabeis adónde conduce este camino, dijo

Teodoro?" El postillon respondió que lo ignoraba; pero que por medio de los árboles veia casas á alguna distancia y que probablemente este camino conducia á ellas. Esto fue para Teodoro un buen anuncio, y mirando por fuera del coche descubrió efectivamente las casas, y el postillon avanzó. "Nada temais, mi adorada Adelina; estais en seguridad, y yo no os abandonaré sino con la vida." Adelina suspiró, no por ella sino por el peligro que podia correr Teodoro.

Continuaron así marchando por espacio de mas de media hora, hasta que llegaron á una pequeña aldea, donde muy luego se apearon en una posada la mejor del lugar. Teodoro, ayudando á Adelina á bajar, la suplicó disipase sus temores, y la habló con una ternura tal que no pudo responderle sino con una sonrisa que indicaba ocultar muy mal su inquietud por él. Despues de haber pedido un corto refrigerio, salió para hablar al mesonero; pero apenas habia dejado el cuarto, cuando Adelina vió entrar en el patio una cuadrilla de hombres y caballos, que no dudó eran las personas que habian querido evitar. Dos de entre ellos

tenian la cara vuelta al otro lado; pero creyó que la figura de uno de ellos se parecia bastante al Marqués. Esto la heló de terror: su corazon la abandonó por algunos momentos; su primer movimiento fue querer ocultarse; pero mientras buscaba los medios para ello, uno de los de á caballo levantó los ojos hácia la ventana, cerca de la cual se hallaba; habló á sus compañeros y entraron juntos en el meson. Adelina no podia salir del cuarto sin ser vista: sola y sin socorro, la era casi tan peligroso el permanecer allí como en cualquiera otra parte: recorria el cuarto con una angustia mortal, ya llamando en voz baja á Teodoro, ya asombrándose de que éste no volvia. Por momentos su padecer se hacia inesplicable; de repente se levanta un ruido tumultuoso de voces en una parte distante de la posada, y muy luego oye las palabras de ciertas gentes que disputaban. "Os arresto, dijo uno de ellos, y no saldreis de aquí sino bajo una segura escolta."

Un momento despues Adelina oyó la voz de Teodoro que replicaba. "No pretendo resistir á las órdenes superiores, y os doy mi palabra de honor de no separarme de aquí sin vos; pero no me impidais volver á este cuarto. Tengo allí á un amigo á quien quiero decir una palabra." Al principio se negaron á esta peticion, mirándola solo como un pretesto para fugarse; pero despues de muchas altercaciones é instancias consintieron. Teodoro se dirigió al cuarto en que estaba Adelina: un sargento y un cabo le siguieron hasta la puerta, y dos soldados pasaron al patio de la posada para observar las ventanas del aposento.

Teodoro abrió la puerta con mano trémula; pero Adelina no se apresuró á venir á su encuentro, porque estaba casi desmayada desde el principio de la disputa. Al ver esto Teodoro llamó á grandes voces á su socorro, y el ama de la posada se presentó al momento con una cajita que tenia varias medicinas. Todas fueron inútiles; Adelina permaneció insensible, y solo daba señales de existencia por su respiracion. El tormento de Teodoro se aumentó al mismo tiempo por la presencia de los guardas, que riéndose del descubrimiento de su pretendido amigo, declararon que no podian esperar mas. Al momento quisieron arrancarle del lado de Adelina, sobre la cual se

habia inclinado con una angustia indecible; pero volviéndose á ellos con furor sacó su espada y juró que ningun poder humano le obligaria á salir de allí hasta que la jóven hubiese recobrado sus sentidos. Irritados los soldados por la accion y tono atrevido de Teodoro, se adelantaron para apoderarse de él; pero les presentó la punta de su espada y les prohibió acercarse: no obstante uno de ellos sacó su sable al punto. Teodoro se puso en defensa, aunque sin avanzar. "Pido solamente estar aquí hasta que esta señora haya vuelto en sí, dijo; ya veis la alternativa." El hombre ya enfurecido por la resistencia de Teodoro, tomó la última parte de su discurso por una amenaza y resolvió no ceder, y mientras que su camarada llamaba á los soldados que estaban en el patio, Teodoro le hirió levemente en la espalda, y él mismo recibió un sablazo en la cabeza. La sangre salia á borbotones de la herida: Teodoro vacila; cae en un sillon en el mismo instante en que el resto de la tropa entraba en el cuarto y Adelina volvia á abrir los ojos para verle cubierto de sangre y pálido como la muerte. Entonces esclamó: "*¡le han muerto!* y

volvió á caer sobre su silla. Al sonido de su voz levantó Teodoro la cabeza, y la alargó la mano sonriyéndose. No estoy muy herido, dijo con una voz débil; muy pronto me hallaré curado si vos misma lo estais." Adelina corrió hácia él y le alargó la mano. "¿No será posible hallar un cirujano, dijo con una mirada dolorosa?"

—"No os asusteis, dijo Teodoro, no estoy tan gravemente herido como imaginais." El cuarto se llenó entonces de una multitud de gentes que habia reunido el ruido de la contienda: en el número de ellas se encontraba un hombre que hacia en el lugar el oficio de médico, cirujano y boticario, el cual habia venido para socorrer á Teodoro.

Despues que hubo reconocido la herida se abstuvo de decir su parecer, y mandó que se pusiese al enfermo en cama al momento. Los guardas se opusieron, alegando que era de su deber conducirle al regimiento. "Eso no puede verificarse sin gran peligro de su vida, y..... —¡Oh! aunque se trate de su vida, dijo el sargento, es preciso que hagamos nuestro deber." Adelina que hasta entonces habia permanecido en

una trémula anxiedad, no pudo guardar por mas tiempo silencio. "Pues que el cirujano, dijo, es de parecer que el herido no puede ser trasladado, segun se halla, sin arriesgar su vida; debeis pensar que si muere en vuestras manos, respondereis de ella." — Sí, dijo el cirujano, que no estaba dispuesto á dejar su enfermo: declaro en presencia de testigos que no está en estado de removerle, y que hareis muy bien en guardaros de todas las consecuencias que pueden seguirse: ha recibido una herida muy peligrosa que exige la mas cuidadosa atencion, y el éxito es muy dudoso; pero si viaja podrá sobrevenir la calentura, y entonces la herida seria mortal. Teodoro escuchó esta decision con tranquilidad; pero Adelina ocultaba mal la angustia de su corazon: reunió todo su valor para contener las lágrimas de que se llenaban sus ojos; y á pesar del deseo que tenia de interesar la humanidad de los guardas, ó de inspirarles temores sobre la suerte de su prisionero, no se atrevia á aventurar la espresion de sus sentimientos.

Al fin se vió aliviada de este combate interior por la piedad de las personas que habian entrado en el cuarto, que tomando

abiertamente el partido de Teodoro declararon que los soldados serian culpables de asesinato si se llevaban al herido. "Y bien, siempre ha de morir, dijo el sargento, por haber abandonado su puesto y sacado la espada contra mí cuando ejecutaba mis órdenes." Una súbita debilidad se apoderó del corazon de Adelina: se apoyó contra la silla de Teodoro que por un momento dejó de pensar en sí mismo para hacerlo solo en ella: la sostuvo con su brazo, y haciendo un esfuerzo para sonreirse la dijo con un tono débil que apenas podia ella oirle: "Se me quiere acriminar; pero cuando se profundice este negocio espero que se compondrá sin ningunas consecuencias funestas." Adelina conoció que estas palabras no tenian otro objeto que el de tranquilizarla, y no dió mucha fé á ellas, aunque Teodoro continuaba repitiéndola otras seguridades del mismo género. Sin embargo, el pueblo, cuya compasion se habia escitado por la crueldad del sargento, reanima entonces la indignacion y la piedad, considerando con qué barbárie se le anunciaba un castigo que parecia inevitable: muy luego el furor llegó á ser tan grande que el

sargento temiendo por un lado las mas sérias consecuencias, y por otro un movimiento de vergüenza ocasionado por la reconvencion que se le hacia de crueldad, consintió en que se le pusiese al instante en el lecho hasta que su comandante le diese nuevas órdenes. La alegría de Adelina escedió por un momento al sentimiento de la tristeza de su situacion.

Esperaba en un cuarto próximo el dictámen del cirujano que se ocupaba en examinar la herida. Aunque en cualquiera otra circunstancia este accidente la hubiera afligido en estremo, estaba entonces tanto mas penetrada cuanto que se consideraba como causa de este fatal acaecimiento. Apenas se atrevia á detenerse en la horrorosa asercion de que si Teodoro se restablecia seria castigado de muerte; pero se esforzaba en creer que solo era una cruel exageracion de parte de sus adversarios.

El presente peligro de Teodoro reunido á todas las otras circunstancias que le acompañaban, despertó toda su ternura y descubrió ella misma el verdadero motivo de su afecto: las gracias y la figura tan noble, las acciones tan espresivas que habia

admirado en un principio en Teodoro habian aumentado un nuevo interés por la fuerza del pensamiento y la elegancia de los sentimientos que habia manifestado en su conversacion; sus acciones desde su evasion la habian inspirado el mas vivo reconocimiento; y el peligro que acababa de arrostrar por ella transformaba su agradecimiento en amor. Su corazon estaba ya descubierto, y por la primera vez veia en él sus verdaderas emociones.